

UNIVERSIDAD CATOLICA DE LA SANTISIMA CONCEPCION
INSTITUTO DE TEOLOGIA
DEPARTAMENTO DE FILOSOFIA
LICENCIATURA EN FILOSOFIA



LA ESENCIA DEL AMOR EN EL PENSAMIENTO FILOSOFICO DE
DIETRICH VON HILDEBRAND.

Tesis para optar al Grado de Licenciado en Filosofía

Profesor Guía: Dr. David Solís Nova

Estudiante: Carina Chávez Parra

Concepción, Noviembre de 2021.

UNIVERSIDAD CATOLICA DE LA SANTISIMA CONCEPCION
INSTITUTO DE TEOLOGIA



LA ESENCIA DEL AMOR EN EL PENSAMIENTO FILOSOFICO DE
DIETRICH VON HILDEBRAND

Por

CARINA GISSELE CHAVEZ PARRA

MEMORIA PRESENTADA AL INSTITUTO DE TEOLOGIA DE LA
UNIVERSIDAD CATOLICA DE LA SANTISIMA CONCEPCION,
PARA OPTAR AL GRADO ACADEMICO DE LICENCIADO EN
FILOSOFIA

PROFESOR GUIA: Dr. David Solís Nova

Concepción, Chile

2020

Agradecimientos:

Agradezco a Dios por darme la fuerza de seguir adelante y la sabiduría para comprender lo que pasó en mi vida en mi último año de carrera. A mi madre Odilla Parra por su apoyo incondicional y siempre creer en mí, y, a pesar de que este proceso ha sido mucho más extenso de lo pensado, nunca lo ha dejado de hacer. A mis hermanos Giovanna, Eric y Claudia por estar siempre conmigo, por complacer mis caprichos y por seguir viendo en mí a su hermana pequeña. A mi sobrino, hermano Diego. A mis cuñados y cuñada que, ante cada favor que les solicitaba, nunca recibí de su boca un 'no'. Por alentarme, por sus llamados de atención, paseos e infinidad de lindas conversaciones agradezco a mi amiga Gianina Pontio quien ha estado conmigo en los momentos más difíciles y lindos de mi vida. También por tener a mi lado al mejor compañero de vida, quien ha sido mi pilar mi hijo Tomás. A mi profesor tutor David Solís, por el apoyo, la paciencia y las muestras de cariño. A Roxana, secretaria de la carrera, por la infinidad de favores y muestra de preocupación y paciencia. A mi padre quien partió antes de todo este proceso, a él quien me enseñó a vivir con alegría, a valorar a las personas, pero sobre todo a vivir feliz con lo que tenemos. Él siempre quiso que me convirtiera en una profesional, por ti y para ti va esta tesis que habla principalmente del amor.

En Memoria de mi Padre, Clemente Chávez Neira

“Solo podemos amar lo que conocemos, porque amar implica tirarse al vacío, confiar la vida y el alma. Y el alma

No se indemniza. Y conocerse es justamente saber de ti, de tus alegrías, de tu paz, pero también de tus enojos, de

Tus luchas, de tu error. Porque el amor trasciende el enojo, la lucha, el error y no es solo para momentos de

Alegría. Amar es la confianza plena de que pase lo que pase vas a estar, no porque me debas nada, no con

Posesión egoísta, sino estar, en silenciosa compañía. Es saber que no te cambia el tiempo, ni las tempestades, ni mis inviernos.

Amar es darte un lugar en mi corazón para que te quedes como pareja, padre, madre, hermano, hijo, amigo y

saber que en el tuyo hay un lugar para mí. Dar amor no agota el amor, por el contrario, lo aumenta. La manera

de devolver tanto amor, es abrir el corazón y dejarse amar.”

Anónimo.

Índice

Agradecimientos.....	1
Índice.....	3
Introducción.....	4
I. Amor como respuesta al valor.....	7
II. Notas esenciales del amor	13
2.1 Sobreactual “el amor es esencialmente sobre actual”..	13
2.2 Intención Unitiva.....	17
2.3Intencion Benevolente.....	20
2.4 Auto donación.....	24
2.5 Compromiso y fidelidad.....	26
III. Amor y bien moral.....	28
IV. Amor y felicidad.....	35
V. Orden del amor.....	41
V.1. Amor esponsalicio y matrimonio.....	47

V.2. Amor de amistad.....	50
V.3. Amor de padres.....	51
VI. El Corazón.....	54
VII. Conclusión	72
VIII. Bibliografía Primaria.....	79
IX. Bibliografía Secundaria.....	80

Introducción

Existe una serie de filósofos cuyos consejos componen una guía práctica para resolver los problemas a los que nos enfrentamos cada día. A través de los años, los filósofos han desatendido el análisis sobre el amor y la explicación de este sentimiento, llegando, incluso algunos, a calificarlo como algo simple que no requiere ahondar ni perder tiempo en él. Sin embargo, han existido algunos estudiosos que sí han dedicado parte de sus investigaciones a profundizar sobre un sentimiento tan arraigado en las personas; uno de ellos es Dietrich Von Hildebrand, quien se extrañó que aquel sentimiento tan insigne en las personas, fuera un terreno tan virgen para sus colegas.

A lo largo de la historia, filósofos como Platón hicieron un intento de dar a conocer un estudio sobre el amor. En uno de sus principales escritos "*El Banquete*" nos presenta una referencia en relación a este sentimiento, exponiendo a Aristófanes, quien describe que en un principio, la raza humana era casi perfecta: "Todos los hombres tenían forma redonda, la espalda y los costados colocados en círculo, cuatro brazos, cuatro piernas, dos fisonomías unidas a un cuello circular y perfectamente semejante, una sola cabeza que unía estos dos semblantes opuestos entre sí, dos orejas, dos órganos de la generación, y todo lo demás en una misma proporción"(Platón, obras completas edición de Patricio Azcarante, tomo 5,1871).

Estos seres podían ser de tres clases: uno compuesto de hombre y hombre, otra mujer y mujer, y un tercero hombre y mujer llamado andrógino. Cuenta Aristófanes que los cuerpos eran robustos, vigorosos y de corazón animoso, y por esto concibieron la atrevida idea de escalar el cielo y combatir con los dioses. Frente a semejante osadía, Júpiter, que no quería reducir a la nada a la humanidad, encontró la solución para conservar a los hombres, hacerlos más circunspectos y disminuir sus fuerzas: separarlos en dos.

Realizada la separación, surgió el problema de que cada mitad que había sido separada, al momento de encontrarse se abrazaban y se volvían a unir, conducidos por el deseo de regresar a su antigua unidad, logrando así perecer de hambre e inacción debido a que no se concebían la una sin la otra.

Esta referencia a la que nos introduce Platón, nos señala que transitamos en esta vida intentando reunirnos con aquella mitad que nos falta.

Por otro lado, Arthur Schopenhauer (filósofo alemán, 1788-1860) también intentó aportar, desde sus puntos de vista, sobre qué es o qué podemos entender sobre el amor, declarando que sobre los seres rige una Voluntad que es ciega e irracional, que lo único que desea es desear, que pretende mantenerse en el mundo y utiliza al ser humano para este fin, de este modo, para este autor, el amor será más bien un placer que posee el individuo por su naturaleza humana, que culminará en un acto sexual y no se tratará más que cada hombre encuentre a su adecuada mujer para así crear nuevos hombres y nuevas mujeres. Esa enorme Voluntad es la que, según él, permite seguir luchando a un enfermo terminal y la que hace posible que una persona se sienta atraída por otra y que sólo indica que dos personas son compatibles para tener hijos.

Dietrich Von Hildebrand (1889 – 1977) fue un filósofo que vivió las situaciones más agudas del siglo xx. Se alimentó de ricas fuentes tanto intelectuales como culturales y desde muy joven supo defender lo que creía verdadero, viviendo a la vez una profunda humildad intelectual que a menudo lo hizo pasar desapercibido. Sus mayores contribuciones pertenecen al ámbito de la ética y de la teoría del conocimiento, en el seno de la primera escuela fenomenológica donde se formó, y con un sincero respeto a lo verdadero de la tradición filosófica clásica; en sus escritos conviven sin confundirse el rigor filosófico, la frescura de ejemplos cercanos, y la luz de su fe cristiana. Por ello, Hildebrand es visto por sus discípulos no sólo como modelo de pensamiento, sino también de persona y modo de pensar.

A partir de lo mencionado anteriormente, se devela que nuestro autor posee una fe cristiana que está muy latente en el libro principal escogido en esta investigación. Por otro lado, y para obtener un estudio más limitado y específico de nuestra indagación, nos enfocaremos de manera principal en el libro *“La esencia del amor”*.

Finalmente, es necesario aclarar que no todos entendemos el amor del mismo modo y los caminos que nos conducen a él pueden resultar diversos, asimismo, en la sociedad en la que vivimos es un tema subvalorado, nadie pretende sentarse a discutir y reflexionar en torno a este tema.

Esta investigación tiene como objetivo darle la importancia que se merece a la esfera afectiva, a la respuesta al valor, la intención intuitiva, la benevolente, el amor en distintos modos a los padres,

amigos, hermanos e intentaremos encontrar la gran importancia del corazón y, sobre todo, acercarnos de algún modo a la verdadera esencia del amor.

Nuestro estudio está compuesto por seis capítulos en base a una investigación sobre la esencia del amor y el lector podrá reconocerlos mediante la correspondiente paginación.

Capítulo 1

El amor como respuesta al valor.

Nuestro autor se adentra en el amor de un modo distinto, él nos da a conocer en sus escritos filosóficos, a lo largo de su vida académica, el interés de la vida afectiva donde incorpora cosas que por años la mayoría de los filósofos habían ignorado. Siendo discípulo de diversos pensadores como Husserl, y amigo a su vez de Scheler, lleva su filosofía un paso más allá con el tema del amor haciendo este estudio enriquecedor y original con respecto a quienes lo influenciaron. También con ellos compartirá a lo largo de su trayectoria, acuerdos y desacuerdos, que plasmará más tarde en toda su filosofía.

La manera en que Hildebrand hace filosofía con la *Esencia del amor* es fascinante, y se pretende aclarar todas las dudas y lo nuevo de Hildebrand con respecto a los valores, más claramente en su definición de amor como respuesta al valor.

Para tener más en claro el problema, plantearemos algunas preguntas dadas por nuestro autor ¿Qué entendemos por valor y por respuesta a este? Es el valor uno de los grandes temas de nuestro autor y es también con el cual se define gran parte de la filosofía de Hildebrand ¿Qué es el valor?

“El valor no es solo un bien para mí, sino que el valor es importante en sí mismo... El valor es una nobleza, una excelencia, un resplandor de la gloria infinita de Dios vivo que está en las cosas y la actitud de respuesta es algo parecido al respeto” (Soler, 2000).

El valor que representa la persona, que corresponde a mi amor, define a la persona como tal y parte primeramente porque el individuo es persona en sí misma y, a través de ella, no podemos ver los valores como útiles o que estos formen parte de algún beneficio para mí, la persona se debe reconocer en sí misma que es bella y valiosa.

Podemos también confundir los valores con el apetito (algo así como que el otro me satisface) al mirar al otro y solo tenerlo a nuestro lado porque obtengo algún beneficio con él o la otra persona es un medio para mi fin. Esto puede sonar repetitivo, pero situaciones como estas estarían muy lejos de representar lo que nuestro autor llama la respuesta al valor y lo valioso que el otro tiene

que ser para mí¹. Podemos decir, que amaremos entonces a la persona por ser persona, no simplemente cualidades o valores que veo en ella y que me resultan útiles.

Dentro de la respuesta al valor tenemos fenómenos contaminantes y estas actitudes de algún modo se confunden con el valor. La idealización, el orgullo, la desordenada sed de felicidad y la ingenuidad en el amante, pueden llegar a confundir y hacernos creer que es amor y que estamos ante una respuesta, pero en realidad no lo es, no sería su verdadera esencia. Se puede llegar a confundir el amor con el ego prolongado que tenemos respecto al otro, al sentirnos partícipes de sus logros algo así como: *“Lo amo porque ha hecho lo que yo no hice”* o también *“lo amo porque logró lo que yo alguna vez quise lograr”*. En palabras de Hildebrand, podemos decir:

“Es el sentirse orgulloso de un hombre, por ejemplo, de un hijo, de un marido, tratándolo como parte de uno mismo y sintiendo sus méritos como gloria del propio ego prolongado. Esta actitud puede coexistir en un hombre con el auténtico amor, pero no solo es esencialmente distinto del amor, sino que contradice directamente el genio del amor y, en la medida en que lo domine, contamina y deforma el amor” (Hildebrand, 1998,p45).

En otras palabras, cuando el amor no es una respuesta al valor, el sentimiento que se despertará en nosotros no será más que por el bien que la otra persona hace o netamente por aquellos bienes que obtengo de otro individuo; de esta manera, sólo se despertará en una persona, el amor de manera errónea, ya que sólo se propone obtener ganancia y utilidad de la comunión con otro.

“El amor no es una respuesta al valor porque frecuentemente puede ser despertado por el bien que nos hace. El niño ama a quien le regala bombones y bonitos juguetes. El adulto ama frecuentemente a una persona que le ha hecho mucho bien” (Hildebrand, 1998).

El otro puede prestarme algún beneficio, y eso me atrae, me gusta, pero no da paso a la verdadera entrega. Hildebrand nos revela que el amor va mucho más allá de lo que imaginamos, pero aquí en este capítulo le daremos importancia a cómo se muestra el amor “como respuesta al valor”, pero también esta respuesta puede ser confundida con un sinnúmero de sentimientos que se mencionaron anteriormente y nos hace perder el rumbo de lo que de verdad es el amor.

¹ En el amor el tema no es el valor, es la persona amada, no amo al valor, amo a la persona, pero este amor lo suscita en mí los valores de esa persona individual, o mejor dicho aquel valor que otorga al hombre como totalidad.

Por otro lado, Hildebrand también nos señala:

“Lo que en la otra persona fundamenta y enciende nuestro amor es la belleza y excelencia de esta personalidad única como totalidad...la individualidad de todo el ser personal tiene que aparecernos como excelente y bella para que esa persona pueda despertarnos el amor” (Hildebrand, 1998).

La cita anterior pretenderá aclarar que el verdadero amor es reconocer en la otra persona, toda belleza, excelencia y esa personalidad que lo caracterizaría como persona única en sí misma, es así como vemos en esa y no en ninguna a otra la respuesta al valor.

El apetito sería un punto clave que se confunde con la ya antes mencionada respuesta al valor, el autor nos resulta repetitivo, pero es su modo de adentrarnos y hacernos entender qué es el verdadero valor que el otro posee y este valor que para mí representa de un modo singular sería un amor verdadero. De acuerdo con esto, la importancia de la persona en sí y lo que conlleva poseer esta respuesta al valor, sería la verdadera esencia del amor y sería erróneo considerar esta como un apetito. El interés por la otra persona debe presentarme su excelencia y belleza, es interesarnos de ella de un modo distinto, lleno de riqueza, ver en ella lo que posee, lo que tiene, lo que la hace esa persona única, la que provoca en nosotros una sensación inigualable y despierta algo único.

Su exclusiva personalidad hace que el ser humano se entregue por completo y pueda ser testigo de lo excelente y bella que es la persona en sí, un ser único y verdadero que nos mostrará la esencia del amor. Del mismo modo, nos entrega con él una respuesta verdadera, a una persona única, que en sí misma posee algo fascinante que despierta en uno esa admiración por sentir lo que realmente es el amor. Dicho con palabras de Hildebrand:

“Es como un fuego, fuego que comparece en el amor, y no se extingue cuando hemos conocido a otro, sino más bien perdura y va incrementando. Conocemos ahora la primera nota decisiva de todo amor, el carácter de respuesta al valor. Cualquier intento de buscarle al amor, a esa orientación única a la persona del otro, la solidaridad con ella que sale del amor-un fundamento distinto de la donación del valor que comparece en la otra persona, nos lleva inevitablemente no comprender la esencia del amor” (Hildebrand, 1998, pàg 74).

De este modo, vemos que se nos presenta un camino arduo y difícil de recorrer, pero con gusto lo haremos y mostraremos al lector que el tema del amor tiene unos matices, está tan lleno de riqueza y está tan poco estudiado que, de la manera que Hildebrand los aborda, no deja de ser interesante.

Es el amor el que nos mueve, el que nos hace sentir vivos, el amor en todo su grande esplendor: el amor de madre, padre, hermanos, amigos y pareja (esponsalicio como lo denomina Hildebrand). Aquí, de a poco, nos entrega datos de cuan equivocados podemos llegar a estar con respecto a este tema y cómo sería la verdadera forma de ver al otro y cómo hemos errado en cuanto al amor o cómo nos hace sentido si realmente estamos viviendo un amor verdadero.

Mencionaremos algo no menos relevante, la importancia de la respuesta de la persona al valor: esta respuesta al valor tiene que ser libre y se da una relación donde se responde al valor que el otro nos entrega; esto se transforma en algo mutuo, algo que no puede surgir si el otro no me ve de la misma manera en que yo le veo. Debe suceder para que así todo surja en un ambiente de armonía.

Tomar la actitud de admirar a la persona por lo que es, reconociendo en ella esa respuesta al valor, mirándolo como valioso y superior, nos hace dar un paso hacia la trascendencia de la persona donde es capaz de salirse de sí mismo, dejan de ser importantes sus propios intereses para que lo sean los de la otra persona, los valores de esta serán los que de alguna forma le darán sentido a mi vida ,es ese amor que surgirá reconociendo en el otro los valores y logrará hacer que se deje de lado la conveniencia personal por la entrega y el dar lo que fuera por el otro.

Sánchez también se refiere al valor diciendo que:

“La persona que responde al valor se entrega a él, sale de sí misma, de sus propios intereses; se trasciende en la respuesta al valor la persona trasciende la inmanencia de la tecnología y la inmanencia del egocentrismo. Al entregarnos al valor nos dejamos penetrar por él, nos unimos a él, participamos de él de un modo nuevo y superior al que se da en el conocimiento del valor, y también al que se da en el ser afectados por él. En esta trascendencia la persona muestra una capacidad única y esencial. Se trata de la actualización de un modo superior de libertad, de espiritualidad y de intencionalidad. Es más, es justo esta capacidad de trascendencia, junto con la que vimos que se daba en el ámbito cognoscitivo, lo más esencial y profundo de la persona. Quien no comprende la respuesta al valor no ha conocido plena y profundamente la esencia de la persona” (Sanchez Migallon, 1996, Pag 48).

Lo mencionado anteriormente se refiere principalmente a la verdadera y falsa entrega de la respuesta al valor y que recae únicamente en la admiración a ese objeto, que sólo me prestará alguna utilidad y luego no habrá una satisfacción ya que dejaría de ser útil para mí. Ahí no estaríamos en presencia de observar los valores del otro, sino más bien lo tomo porque me entrega algo a cambio. Concluiremos que esa no es la verdadera esencia del amor, ya que esta responde a los valores del otro que hacen que me entregue y deje de lado todo para ver los valores y responder a ellos.

Por otra parte, para cerrar el presente capítulo Sánchez nos dice que:

“Desde luego, el hombre posee una sensibilidad para los valores de la misma manera como el espíritu del hombre posee una receptividad para la esencia de las otras cosas. La posibilidad de trascenderse debe fundarse, por supuesto, en la naturaleza humana. Pero inferir de aquí que la respuesta al valor es únicamente un desarrollo de la entelequia humana, sería tan erróneo como creer que, puesto que la libertad de la voluntad se funda en la naturaleza humana, su decisión libre debe ser considerada como un despliegue inmanente de su naturaleza o debe estar causada por esta. La facultad de trascenderse a sí mismo, de plegarse, por ello, a algo mayor que nosotros mismos, no se convierte en algo inmanente únicamente porque esta capacidad se funde en la naturaleza humana” (Sánchez Migallón, 1996,pág. 50).

Capítulo 2

Notas esenciales del amor

2.1 Sobre actual: “El amor es esencialmente sobre actual”.

Hay vivencias que pueden ser momentáneas y que no perduran en el tiempo, como, por ejemplo, un dolor de cabeza, un dolor que afecte a mi cuerpo, manos, etc. En cambio, la admiración por el otro, el amor, respeto, etc., no deja de existir cuando me ocupo de otras cosas: trabajo, obligaciones, estudios. La admiración pasa de ser algo momentáneo para convertirse en algo sobre actual.

Cuando se siente algo sobre actual, es algo que perdura, una realidad personal, aun cuando no la haya actualizado momento a momento. Se pervive de manera sobre actual y se va actualizando a través del tiempo.

“Hay actitudes que, según su propio sentido, son sobre actuales, pues frente a un objeto mantienen una posición que es válida por encima del momento presente y, además, en ellas perdurará el objeto motivante” (Hildebrand ,1998 pág. 78).

Sobreactualidad es entonces algo que permanece, aunque el tiempo trascurra y se actualiza con respecto al amor, no como sucedería con un dolor de cabeza que sería solo momentáneo, como lo hemos mencionado con anterioridad.

Entonces, habrá actitudes que podrán cambiar, ya que es sólo una disposición momentánea, así como también, habrá actitudes que desaparecerán tan pronto cambie la situación. Y aquellas actitudes que suelen ser más duraderas, serán las que tengan alguna implicancia en mi vida.

El respeto, por el contrario, no pierde validez, ya que es una actitud que tiene el poder; por decirlo de algún modo, de permanecer en el tiempo y así tomar la forma de ser sobre actual.

La sobreactualidad se dará en objetos que siguen existiendo constantemente en la vida, algunos sin necesidad de ser actualizados, porque es algo que permanece en el hombre. Nuestro autor propone el mejor de los ejemplos: la muerte de una persona querida, ya que esta experiencia no pierde su significación y sobreactualidad. Este sentimiento que quizás muchas personas han experimentado

alguna vez sigue viviendo, a través de una fotografía, una canción, o alguna vivencia que no dejamos de recordar porque marcó nuestra vida, incluso como respeto en este caso por su memoria.

Sobreactualidad presupone en general un objeto que, como tal, sigue existiendo intacto, como personas, obras de arte, paisajes etc., o sucesos que su significación no envejecen, como ya se ha mencionado en el ejemplo, de la muerte de una persona querida. Todas estas vivencias que calan en el individuo prevalecerán en él o en la memoria de otros, y hará que cada cosa de algún modo se actualice y sea recordada; el mirar un retrato famoso, y todo lo anteriormente mencionado, nos hace dar cuenta que de algún modo todo esto se sigue actualizando. En definitiva, el respeto es una actitud que sigue vigente y no se pierde, pese a que las personas ya dejen de existir, no precisa validez para demostrar su sobre actualidad porque no necesita un efecto en sí mismo para que perdure en el tiempo. Por consiguiente, el respeto surge de algún modo hacia el otro y genera en uno alguna posición, pero es una actitud que se adquiere y que se enriquece con el transcurso del tiempo, no así el temor porque no posee una validez sobre actual, ya que es inmanente a la vivencia de algo que lo provoque y puede ser olvidado o dejar de sentirlo gracias al tiempo.

“La sobre actualidad que se despliega en la validez no es, sin embargo, una mera potencia, como la facultad de caminar que poseo cuando estoy sentado. Este ‘poder’ es también algo habitual o sobre actual, pero la sobre actualidad no es el caminar mismo, sino la potencia de caminar” (Hildebrand, 1998 pág. 78).

Hildebrand nos habla de la potencia misma de alguna acción, lo mismo sucede con la validez de lo que permanecerá o se convertirá en sobre actual, es la potencia de convertirse en algo que se actualizará. Como ocurre con el respeto, no es un poder respetar el que perdura solo porque sí, es porque se tiene la potencia de respetar, el respeto yo lo puedo actualizar, puedo confirmar su validez perdurando así el acto mismo de respetar.

En el sentido de la sobre actualidad en el amor, la validez de este perdurará a través del tiempo. Hablaremos también de un punto esencial que es el respeto, una actitud en donde pervive el amor y la respuesta del otro se muestra en nuestra alma. La sobre actualidad es la perduración de la validez del amor y no deja de persistir como lo haría un simple dolor de cabeza.

“Estas respuestas al valor, en virtud de su profundidad constitutiva, no solo se extienden en su validez más allá de la realización actual, sino que forman un plano estructuralmente profundo en

nuestra alma y allí perduran en plena realidad e identidad, irradiando sobre todo lo actualmente vivido” (Hildebrand, 1998 pág. 80).

La actualización de la persona amada ocurre en cada momento, en cada instante del individuo, el concentrarse de manera actual como lo hace notar Hildebrand, tiene que ver con que, a pesar de que nos mantengamos mentalmente ocupados en otras cosas, como trabajar, estudiar, etc., igual el amor que se tiene hacia el otro sigue vivo en el sujeto que ama, de manera incesante su actualización plena, vale decir vuelve a ella una y otra vez.

La sobreactualidad en el amor, lo confirma, le da sentido y estabilidad, aunque yo me mantenga haciendo otras cosas o pase días sin ver a la persona a la cual amo, cuando escucho una canción o un recuerdo viene a mí un encuentro con esa persona, el amor se actualiza, se mantiene y seguiría perdurando como una realidad personal.

La sobre actualidad es algo que sigue a la respuesta al valor y suma para que sigamos adentrándonos y comprendiendo la esencia del amor. Debido a que ella forma parte de esta respuesta que da el amor de manera de representar los valores más altos del amado².

Aquí una vez más, damos más convicción a lo que hemos mencionado más arriba, donde la sobre actualidad se hace presente en algo que puedo tener en mente, pero no me prohíbe realizar otro tipo de actividad, ya que sigue vigente en mí a pesar de todo y el amor es lo que principalmente nos interesa.

“En efecto, cuando nos proponemos llevar a cabo un proyecto como, por ejemplo: La redacción de un ensayo, queremos realmente un objeto con un querer que no desaparece en los momentos en que no estamos actuando concretamente para hacer venir a la existencia su objeto: aun cuando duerma, o coma, o en general no esté escribiendo ni pensando en ello, puedo decir que sigo queriendo, con idéntico querer, ejecutar ese proyecto” (Hildebrand, 1998, pág. 30).

Aquí se sigue confirmando lo que nos muestra la sobreactualidad y lo relevante que es lo que sé con respecto al amor, cuando algo realmente nos importa o tengo en mí un proyecto que queremos

²“Así entre las respuestas teóricas pueden considerarse sobre actuales ciertas convicciones, creencias o dudas, de las que los juicios actuales son expresiones concretas”

ejecutar, o debemos ejecutar a pesar de los otros factores que podrían afectar la realización de este proyecto, no se quiere dar por hecho que se lleve a cabo, sino más bien, hace ver que se llevará a cabo a pesar de cualquier circunstancia. Lo mismo sucedería con el amor, el cual se sigue sobre actualizando independientemente de que se realicen otros proyectos.

“El amor a una persona, que se actualiza aquí y allá, de una manera o de otra, permanece idéntico sin duda como actitud del sujeto. Es en este plano sobre actual donde hay que localizar unos fenómenos específicos decisivos para la moralidad, las virtudes y las actitudes fundamentales” (Sanchez Migallón, 1996, pag 30).

En conclusión, diremos que hay vivencias, como las denomina Hildebrand, que subsisten y dejan de existir al momento, por otro lado, tenemos aquellas que subsisten y trascienden al tiempo y a los cambios; una de ellas, el amor, tema central de nuestra de investigación, y aquel sentimiento que continuará existiendo aun cuando este no se actualice.

2.2 Intención unitiva

La intención unitiva consiste en la entrega del otro, también en el amor mutuo, es aquí donde el amor florece del todo, en su forma más íntima se llega a conocer al otro, es la intuición unitiva la que posee un valor tan elevado con respecto a las otras respuestas afectivas al valor.

“El amante aspira a una unidad espiritual con el amado. Aspira no solo a su presencia, no solo a saber de su vida, de sus alegrías y tristezas, sino ante todo a una unidad de corazones, lo que solo puede brindar el amor mutuo” (Hildebrand, 1998, pág., 82).

Debido a que a menudo se confunde la intuición unitiva como medio y no se le da así el lugar que le corresponde, confundiéndola con lo que verdaderamente representaría el amor, hay que, en primer lugar, desglosarla y entenderla como un elemento de la respuesta al valor y que convierte al amor en una realidad que incrementa en cierto sentido esta respuesta y representa “un más” de entrega.

Es necesario que esta intención no sea exclusivamente el deseo o anhelo de felicidad, porque la intención unitiva a la que aspira el amor habla principalmente del amor que se da con la unión entre dos personas la cual sólo se puede llevar a cabo en el entrelazamiento de la mirada del amor. La intención unitiva sólo se puede establecer si el amor es recíproco, algo así como correspondido por otro, al cual se le entrega afecto y sería el único camino para la unión verdadera de dos personas que se funden en el amor. Si la persona amada no responde del mismo modo que se le entrega amor, no se podría alcanzar jamás esa unión de la que hablamos, entonces, sólo si existe ese sentimiento y unión única que se siente de ambas partes por igual se puede alcanzar el amor.

“Todo queda completamente resuelto cuando la persona corresponde a nuestro amor, se provoca la unión verdadera, todo lo otro que va de la mano con el amor pasa a segundo plano si el amor no es correspondido, la unión solo se da en la mirada entrelazada del amor como lo mencionamos anteriormente” (Hildebrand,1998, pág. 172).

Para continuar profundizando sobre este tema, daremos a conocer ciertas características que ayudarán a no confundir la intención unitiva con el egoísmo que produce nuestra felicidad personal al tomar a otro como un medio para un fin, ya que esta intención es un gesto originario del amor.

“El anhelo de participar en la vida del otro y la belleza con que nace este mutuo amor da paso a la respuesta al valor. Así a la unión y con ello el abrir los brazos de nuestra alma para abrazar el alma de la persona amada” (Hildebrand, 1998, pág. 173).

Como menciona Hildebrand, la unión con la intención unitiva va de la mano con el amor, y la unión con la mirada recíproca es esencial para que el amor sea verdadero, duradero y real, por ende, la intención unitiva tiene que ser mirada como un regalo para el amante.

“Uno de los factores esenciales de este regalo consiste en ser fuente de felicidad para la persona que nos ama y en que la unión con nosotros es gozosa para ella” (Hildebrand, 1998, pág 174).

Es así como se incrementa la respuesta al valor y también se da la unión llena de gozo, esto dependerá de la intensidad, profundidad y categoría a la que pertenezca el amor, así se logrará la fuente de la felicidad. Queda en claro que el gozo de esta felicidad se debe visualizar como una unión que no consiste en ver al otro como medio para un fin, eso sería erróneo con respecto al bien que nos ofrece la intención unitiva, sino que una asociación sin fines de lucro.

En definitiva, la intención unitiva anhela el gozo de ambas partes, la felicidad tanto del uno como del otro y no un anhelo de felicidad en un sentido egoísta en que el otro sirve como medio para un fin, para una felicidad individual, ya que cuando se cae en este error y sólo se mira la propia felicidad y no la del otro, se deja de buscar y anhelar la unión verdadera y esto sería incompatible con el amor y al mismo tiempo con la intención unitiva.

2.3 Intención Benevolente

La intención benevolente consiste en hacer feliz al otro; el interés por su felicidad, bienestar y salud será pues, el participar en esta felicidad por sobre la felicidad misma que participa en el amor:

“Es esta intención un rasgo esencial del amor. Que deseemos la felicidad para nosotros no es un resultado del amor propio, sino un rasgo natural del ser humano, una tendencia inevitable. Pero que queramos de corazón la felicidad del otro, no es absoluto algo sobreentendido, sino una consecuencia del amor. La solidaridad es un fruto del amor; pero no es algo separado del amor o producido por el amor, sino algo que se constituye en el amor, que habita en su mismo interior. Justo este interés por la felicidad del otro no debe separarse del amor.” (Hildebrand, 1998, pág. 86).

Todo lo que deseamos en primera instancia es la felicidad del otro, pero también parte esencial del amor es el ser afectado en un sentido positivo. Todo lo que le sucede al amado de algún modo también le afecta al amante, ya sean cosas buenas o malas, no es sólo participar de estas vivencias sino también sentir las como parte de uno.

Hildebrand, describe el rol del amante declarando lo siguiente:

“Es la peculiarísima participación en la persona del otro, en su felicidad, en su destino: participación que reside en el amor.” (Hildebrand, 1998, pág 87).

Veremos con detención este punto sobre el amor, ya que es algo completamente nuevo a lo estudiado hasta ahora. Se realizarán algunas definiciones de Hildebrand para comprender de forma más detallada la intención benevolente.

En una primera instancia, se hace notar la diferencia del valor y el bien objetivo para la persona; por un lado, el bien objetivo es algo que conlleva una situación y en él vemos cómo la persona amada se siente favorecida por dicho bien objetivo.

“Era necesario subrayar el hecho de que el valor se dirige, por principio, a todos por igual, mientras que el bien objetivo para la persona se dirige en cada caso a un hombre determinado.”

De ahí que uno y el mismo acontecimiento pueda ser un bien objetivo para uno y un mal objetivo para otro” (Hildebrand, 1998, pág. 193).

Con esto agregamos otro contenido a la investigación y es el bien objetivo, que va de la mano con la intención benevolente, se ocupará en este caso sólo en cómo afectaría en el amor que es lo que compete en la presente investigación. Quedará de manifiesto que el valor va dirigido a todos por igual, ya sea dentro de las categorías del amor o pertenezcan al universo de personas que nos encontramos en la vida, cabe mencionar que un bien objetivo afecta de manera distinta ya que lo que me puede parecer a mí un bien objetivo o un beneficio, para otro la misma situación o circunstancia puede representar un mal objetivo. Un ejemplo claro de estas respuestas al valor nos la ofrece Hildebrand varias veces en el agradecimiento y en el perdón.

Si miramos bien la vivencia del agradecimiento descubriremos que esa respuesta la dirigimos siempre a un beneficio para con nosotros precisamente en la calidad de tal. En el agradecimiento el objeto es algo importante para mí en algún sentido. Este valor moral de la benevolencia es, sin duda, altamente estimable y es la condición de que un individuo reciba un beneficio, así como de que deba su agradecimiento a una persona, pero no será la razón formal de su agradecimiento.

Hay otra vivencia que también tiene valor moral y es el perdón, ya que el perdonar tiene algo que satisface al otro por ser merecedor de este, que es un bien para quien lo ofrece. Ya que, aunque alguien sea perdonado, el daño ya sucedió; aunque se efectúe un bien hacia un otro por el hecho de perdonarlo, el mal que este provocó, ya está hecho. El perdón se muestra aquí como un bien para quien lo ofrece, de la misma manera que el agradecimiento, el perdón también va dirigido a una persona concreta que, en este caso, ha causado un perjuicio.

Teniendo en cuenta a Sánchez, diremos que el perdón es:

“El hecho de que perdonemos algo a alguien revela que nos ha infligido un daño objetivo, o que tenemos por tal, del que es responsable, y no algo cuyo carácter desagradable residiera solo en nuestra subjetividad (como puede suceder en una susceptibilidad enfermiza) o fuera fruto de la casualidad; de todo lo cual no sería responsable el otro. Si tenemos por real y objetivo el perdón, tenemos por tal la culpa y el daño, aunque solo a este último se dirige propiamente el perdón” (Sánchez Migallón, 1996, pág. 72).

Aquí queda expuesto la manera en que influyen el perdón y el agradecimiento con la intención benevolente y esta necesidad imparabile de la felicidad del otro por sobre la propia. Con algunas actitudes también nos desprendemos del sentimiento de culpa de los errores que hemos cometido sólo con el perdón y el valor que tendría el agradecimiento va más allá de tan sólo dar las gracias a una simple comida, sino que la compañía, la comprensión y la completa entrega del otro con mi persona tiene absoluta relación con el amor.

“En efecto, al querer algo bueno para otra persona, no queremos traer al ser algo valioso en general, sino traerlo, además y, sobre todo, para beneficio o a favor de la persona amada. Sin la referencia al destinatario la intención benevolente, tan característica de algo tan denso y rico para la persona humana como el amor, perdería su sentido. Pero también lo perdería si dicha intención tuviera por objeto algo solo subjetivamente satisfactorio para sí mismo o para otro” (Sánchez Migallón, 1996, pág. 72).

De lo anterior podemos inferir que cuando se beneficia a un otro simplemente porque es satisfactoria esa acción, sería una perversión del amor y no merece ser percibido como amor, ya que si no se proporciona un bien de alguna manera objetiva no se estaría hablando de benevolencia.

Dicho con palabras de Hildebrand:

“Benevolencia no es una solidaridad profunda con el otro, no es un interés profundo en su bienestar, ni una preocupación por él, no es como un 'hacerlo cosa nuestra', que es algo propio de toda intención benevolente. Y, finalmente, ni siquiera es un regalo de bondad plena, un torrente de bondad que fluye hacia el otro, un abrazo espiritual del otro hecho con bondad” (Hildebrand, 1998, pág. 88).

Podemos concluir que la intención benevolente es cuando todos los bienes y males que representan o involucran a nuestro ser amado en el sentido vivencial, deben también ser sentidos por uno; debido a esta razón se convierten en bienes y males para uno mismo, se goza y se sufre los mismos males o bienes objetivos que afectan al amado, y de esta forma podemos hablar de lo que es una intención benevolente. Al mismo tiempo también, lo objetivamente bueno, como expresa Hildebrand, será al desearlo y, si es bueno para la persona amada, será también bueno para el que ama, ya que el interés de esto es lo que constituiría a la intención benevolente.

La benevolencia debe mirar el bien del otro como propio, y si el bien le concierne al individuo, lo que le corresponde es responder con agradecimiento, tal como tal como hemos mencionado con anterioridad, los bienes que son para el amado también afectarán directamente al que ama para hacer valer esta intención.

2.4 Auto donación

Dentro de las notas esenciales del amor, tenemos la auto donación que también va ligada a la intención unitiva y benevolente.

“El amante que se entrega en su amor al amado no tiene en modo alguno la conciencia de una autoanulación. Al contrario, en esta entrega él se hace más sí mismo. Vive de modo más pleno y auténtico; su más profunda vida propia se realiza de manera más despierta y existencial. La conciencia del ‘yo-tú’ se mantiene en plena vitalidad e incluso alcanza la entrega una tematicidad peculiarísima. En las palabras: ‘yo soy tuyo’ no hay una desaparición de sí mismo, pues todo lo que de regalo hay en el ‘tuyo’ presupone que existe la persona plena y viva que pertenece al amado” (Hildebrand, 1998, pág. 88).

Aquí, en la autodonación se habla de una entrega de parte del amante, el cual no se desprende de su propio ser auténtico, sino que es una entrega pura, gratificadora que engrandece y que viene desde el corazón, como ocurre en el caso del amor esponsalicio. Esta entrega del corazón consiste en un gesto de regalo hacia el otro y la mutua participación de dos personas que se corresponden a un amor, que se da con particularidad en el amor esponsal, pero que también se expande en las otras categorías, el amor filial, paternal y el amor de amistad.

Con lo que previamente se ha expuesto, no se le quiere quitar la primacía del amor, al de tipo esponsalicio, sino más bien se pretende comprender que en toda categoría del amor ya antes mencionado, existiría el carácter de entrega de un modo distinto.

Hildebrand da paso a otro tema relevante que tiene la esencia del amor y que será un elemento nuevo en toda la historia de la filosofía, esta nueva noción que nos presenta nuestro autor es la entrega del corazón, y se presenta como algo nuevo, debido a que siempre ha sido separado del

entendimiento y la voluntad. Hildebrand, por su parte, lo dotó de la importancia que se le había quitado, y lo ubicó al mismo nivel de estos.

A este punto, diremos pues, que la autodonación es el poder decir “yo soy tuyo”, posee un carácter de entrega, principalmente de nuestro corazón.

“Para comprender la naturaleza del corazón, debemos darnos cuenta de que, en muchos aspectos, el corazón constituye el yo real de la persona más que su intelecto o su voluntad” (Hildebrand , 1996, pág 133).

2.5 Compromiso y Fidelidad

Esta característica es propia del amor esponsalicio, pero también, de cierto modo, el compromiso igualmente se presentará en otras categorías del amor. Así, en él encontraremos una entrega de modo análogo, un compromiso y con estos, se efectuará la fidelidad.

“El amor encierra un ‘compromiso’ completamente distinto de las otras respuestas positivas y afectivas al valor. El incomparable modo de arriesgarse una persona por la otra, el ‘comprometerse’, es una nota de todo amor” (Hildebrand, 1998, pág. 89).

El compromiso va de la mano con la fidelidad, ya que de esta forma se inicia, sin lugar a dudas, el comprometerse con un otro, ya que al establecer el compromiso con la persona amada le ofrezco mi fidelidad.

“Esto nos revela que la “esencia” de la fidelidad consiste en perseverar en la palabra de amor que he dado a alguien. Dar una palabra especial de amor a esta persona no es obligatorio. No era una respuesta al valor exigida moralmente. Pero una vez que la he dado, surge la obligación moral de no olvidarla ni dejar que se evapore. Esa obligación es lo específico de la fidelidad” (Hildebrand, 1998, pág. 385).

Diremos que, la fidelidad se demuestra de distintos modos con respecto a las categorías del amor, pero posee una esencia única, que es el regalar al otro pensando que él haría lo mismo por uno. La fidelidad tiene cierta analogía con la perseverancia y el compromiso que hago desde el corazón y entrego como un regalo.

“Yo no estaba obligado a hacer una promesa ni a cerrar un contrato. Pero una vez que lo he hecho, de mi compromiso voluntario surge una obligación objetiva, que se sustrae a mi arbitrariedad, de perseverar en la obligación contraída libremente y cumplir las exigencias correspondientes” (Hildebrand, 1998, pág. 385).

Al hablar de fidelidad, podemos pensar en aquel amigo fiel que cumple sus promesas, como también en aquel vínculo matrimonial que se hace ante Dios y ante los testigos presentes, ¿cómo lograr que esto prevalezca en el tiempo? Será entonces la perseverancia con respecto a la fidelidad en el amor lo que aquí nos ayudará a concretar y que permanezca en el tiempo el compromiso y la fidelidad.

De forma breve, enumeraremos aquellas condiciones que permiten la articulación de esta virtud:

Continuidad: Hace referencia a que el compromiso y la fidelidad deben prevalecer en el tiempo y no sólo ser mostrada como vivencias de un presente. Por ejemplo, amo a mi esposo porque convivo con él hoy y ahora, pero cuando me alejo, dejo con ello ese amor y deseo de permanecerle fiel, si sólo se vive el compromiso y fidelidad en los instantes en que se está físicamente con el ser amado, esto sería algo completamente equívoco al amor y a la fidelidad propiamente tal, ya que ésta debe hacerse presente, aunque se produzca una distancia física.

Podremos decir que la fidelidad es algo que se vive en continuidad, está dictada por la esencia del verdadero amor y aquella persona fiel, entiende el peso que trae la traición en el amor y por esto aborrece toda forma de infidelidad.

Desconfianza: Es cuando nos dejamos llevar por dichos de terceros sobre la fidelidad del amado, sin constatar si es cierto o no lo que se habla. Si estos dichos son reales no es legítimo separarnos de nuestro amor o amigo, sino constatar de su propia boca si lo que se dice es verdadero. Es como lo decimos cotidianamente: el dejarnos influenciar por terceros sin constatar si aquello es fidedigno o no.

Capítulo 3

Amor y bien moral

A continuación, abordaremos otra relación mucho más estrecha y evidente que existe entre las categorías naturales del amor: el amor paternal, filial, el amor entre hermanos y hermanas, el amor de amistad, esponsalicio y la esfera de la moralidad.

Podríamos suponer que los peligros morales se hallan sólo en el amor entre hombre y mujer, en el amor que se une orgánicamente con la sensualidad, pero es un error afirmar esto, debido a que, en los distintos tipos de amor antes mencionados, encontraremos peligros morales.

“Siempre que nuestro corazón siente un apego intenso por un bien, un bien que nos garantiza alguna felicidad que es en sí misma totalmente correcta desde el punto de vista moral, puede existir el peligro de que no estemos dispuestos a renunciar al bien, ni siquiera cuando hacerlo es una exigencia moral” (Hildebrand, 1998, pág. 331).

Aquí se pretenderá explicar cómo el valor moral es producido por lo que el otro provoca en mí. A pesar de la felicidad que el otro puede generar en uno, no se puede dejar de lado el bien moral, ya que existirían ciertas circunstancias en donde nos alejaríamos un poco de la moralidad, ya que, en determinadas ocasiones, aquel amor que se siente hacia otro puede llevar a un individuo a cometer actos inmorales, cabe aclarar que este tipo de comportamiento no es lo correcto ni a lo que aspira el amor real.

Para no perder un bien elevado que nos provoca la felicidad, realizaremos una acción moral o un mandamiento moral; cometeremos errores con respecto a la acción moral que realizamos cuando la influencia es de parte de alguien moralmente indigno y peligroso, a su vez, cuando esta influencia trae algún buen beneficio, por así decirlo, no quitará que la acción sea mala, pero debemos percatarnos en estas circunstancias del mal que se puede llegar a provocar por una acción errónea y del mismo modo repararla.

“Uno se agarra a mediocres dispositivos de seguridad no porque quiera ofender a Dios, sino porque se complace en el sentimiento agradable de una falsa seguridad y le agrada no tener que recurrir a seguridades más profundas...” (Hildebrand, 1998, pág. 333).

Es más fácil dejarse llevar por esta falsa seguridad que ir más allá en la acción cometida. El amor, tomado como la emoción que nos hace descubridores de un valor, acarrea una disminución de los dispositivos, como los llama nuestro autor, dispositivos que nos protegen de caer en el peligro de una mala acción moral y nos hace caer en una actitud que no es del todo intachable de acuerdo al punto de vista de la moralidad; las acciones que realizamos por amor muchas veces tienen bastante que perder con respecto al ámbito de lo moral, pero las realizamos conscientemente sabiendo que es un beneficio para el amado.

“Cuando amamos a alguien, su influencia sobre nosotros se traduce, ante todo, en que se vuelve más capaz de abrirnos nuevos valores y en que nos puede introducir en muchos nuevos. Gracias a la entrega al amado, al sursun corda inmanente en todo amor, gracias al ofrecimiento del alma propia del amado, al fulgor que desde la persona amada se extiende a todo lo que ella estima, se facilita de un modo especialísimo el desarrollo de valores” (Hildebrand, 1998, p.335).

Será parte del amor el abrirse a las influencias del amado, a su manera de ver la vida, a sus ideas, sus principios y todo lo que lo compone a este como un ser único y, esto provoca que de alguna manera le “obedezcamos” de manera inmediata. Esta característica particular se debe recalcar, ya que se dará en cualquier caso en la que un hombre influya en el actuar de otro, como, por ejemplo, en el actuar de los hijos hacia los padres, incluso en la obediencia de un discípulo a su maestro y esto será válido para cualquier influencia no sólo en el caso del amor, y puede traer consecuencias en el sentido de la intención del otro, tanto positivas como negativas y el peligro moral al que se puede caer también estará expuesto a lo largo de la vida.

Algo distinto ocurriría particularmente con el amor.

“Es falso, pues, considerar la posibilidad de influencia perniciosa del amado sobre el amante como un peligro moral que hunda sus raíces en el amor. Ser sensible, por amor, a la influencia del amado, es algo que, como tal, no se puede designar en modo alguno como peligro moral, puede ser tanto fuente de beneficio como de perjuicio moral” (Hildebrand, 1998, pág. 334).

Al concederle al amado una manera formal e ilegítima de influencia, estaríamos cayendo en un grave error respecto al amor que se profesa, ya que existen casos donde se da esta influencia ilegítima, pero tienen su origen en los factores que coexisten en el amor. Con esto damos paso a la explicación de aquellos peligros morales, que son peligros del amor y están estrechamente

vinculados; los celos estarían dentro del área de la moralidad que no se relacionan con el amor, es una manera de representar el amor de manera ilegítima, y serían estos un claro ejemplo de algo que se presenta como moralmente perjudicial.

“Nos referimos a los celos de quien, con razón o sin razón, cree que el corazón de la persona que ama le ha sido robado por un tercero y que, como consecuencia, siente odio contra él e ira desesperada contra la persona amada. Ahora pensamos en los celos de Otelo o de Medea, sin por ello excluir otras clases de celos, como los que un niño tiene de sus hermanos, que le roban, en la realidad o solo en su fantasía, el corazón de su madre; o el que tiene una madre de otras personas a las que su hijo ama, en la realidad o solo en su imaginación, más que a ella misma, o los celos del amigo” (Hildebrand, 1998, pág. 340).

En consecuencia, debemos distinguir los celos de la envidia, ya que esta última va de la mano con el resentimiento. La envidia no se trata en que yo quiera tener los bienes que el otro posee, sino que es el simple hecho de que él los posee, y será por esto por lo que en este sentimiento no habrá mayor rastro de amor. Por otro lado, lo mismo ocurre con los celos en donde estos corren parejo con la ira, como hemos visto a lo largo del tiempo y en la actualidad donde personas que aman con amor esponsalicio o de pareja, llegan incluso a matar por este tipo de sentimiento.

“En los celos un profundo dolor corre parejo con la ira. El celoso es consumido por un fuego, en su corazón se revuelven la desesperación, la ira, el dolor, la agitación, el amor y el odio. El envidioso mira a la persona que envidia con mirada maligna y llena de odio, no está afligido, su corazón no sangra como el del celoso, no está desesperado” (Hildebrand, 1998, p.341).

Hablemos de otro caso, cuando un hombre ama a una mujer, o a la inversa, pero su amor, en sí mismo auténtico, no representa mucho tiempo como el amor más alto del que realmente son capaces de mantener. Dicho más claramente, la caducidad del amor se representa en sentir que otro puede reemplazar de mejor manera ese sentimiento. Aquí tenemos un claro ejemplo en el amor que sienten Romeo y Julieta, en el cual Romeo siente un profundo amor por otra mujer antes de conocer a Julieta, en este caso en el amor anterior existe un enfriamiento o algo que haya gatillado que yo deje de sentir lo mismo, y me doy cuenta que el otro no provoca en mí el más alto y puro amor, es así como otra persona es cautiva de mi atención y amor.

Hay que aclarar que un individuo puede amar con la misma intensidad a varias personas, pero no a la que corresponde al amor esponsalicio, ya que esto no se relaciona con la verdadera esencia del amor y sólo sería algo así como caer en una infidelidad para después constatar el error que se comete al engañar a quien le ha entregado su amor; no obstante, no ocurre lo mismo con las otras categorías del amor, ya que en estas se puede dar la posibilidad de que se ame por igual a hijos, padres y amigos.

“Examinaremos, pues, con mayor detenimiento la conexión entre amor y moralidad. Se trata de la relación con la esfera moral propia del amor como respuesta al valor, de su función de respuesta al valor” (Hildebrand, 1998, p.353).

Para comprender de mejor forma la relación que existe entre amor y bien moral veremos diferentes relaciones positivas entre estas dos:

A) La personalidad del amante es un factor importante y será especial porque de esto dependerá la profundidad y cualidad de su amor y consecuentemente también su valor moral.

Esta relación de acto de amor como tal, en conjunto con la esfera de la moralidad es muy variada y suscita numerosas y variadas preguntas.

B) Será necesario aclarar que en las distintas categorías del amor hay diferencias morales y también este sentimiento no se puede exigir moralmente. El amor de amistad y el amor esponsalicio no son completamente libres como sería un acto voluntario, no podemos “disponer” del amor como una actitud voluntaria y no podemos mandar sobre él como lo hacemos con nuestras acciones.

C) Otra característica de esta relación es el amor como obsequio, pero para que esto suceda debe existir una afinidad especial entre ambos, debe ser algo mutuo y correspondido para que se dé este regalo. Aunque no podemos crear libremente una relación donde se ofrece como regalo el corazón, como ocurre en las categorías del amor esponsalicio y de amistad, sigue estando en nuestro poder el corresponder al otro, en dar una respuesta de amor.

“Debemos aprender a ‘amar’ de verdad y a responder plenamente a la esencia del amor. La tarea de ‘aprender’ a amar de verdad se consuma con la irrigación del amor mediante el espíritu de la caridad” (Hildebrand, 1998, pág. 356).

Valores morales y respuestas al valor del amor.

¿Qué valores morales del amor resultan de su función de respuesta moral?

“La calidad y el ‘grado’ de la alegría que brota de una respuesta moral está en correspondencia con la clase y altura de valor que motivó la alegría” (Hildebrand, 1998, pág. 357).

Para que se lleve a cabo esto, hay que identificar si es precisamente una respuesta al valor y si ésta es portadora o no de valores morales; dependiendo qué valores motiven a esta respuesta se le atribuirá el valor moral que repercutirá en la acción que se ejecute, es como sucede cuando al contraponer valores moralmente importantes con los que tendrían una menor importancia, podría ser que, aun así, se lleve a cabo una respuesta al valor, ya que todo brotará de una respuesta moral. Con lo anteriormente mencionado, Hildebrand abre otra interrogante ¿Qué influencia tienen los valores que motivan un amor esponsalicio sobre el valor moral del mismo?

Sabemos que no siempre son los valores moralmente relevantes los que causan el amor esponsalicio, ya que puede ocurrir que sean valores más bajos que despierten en mí este tipo de amor.

“La calidad y profundidad del amor, que depende decisivamente de los valores que lo motivan o encienden, tiene también grandes consecuencias para su valor moral” (Hildebrand, 1998, pág.358).

“Hemos visto, así mismo, que el amor se alimenta siempre de ciertas constelaciones de valores. La ‘antífona’ a esta belleza integral pueden ser valores morales, intelectuales, vitales o de otro tipo. Todos ellos, que constituyen la antífona a la belleza integral, tienen una influencia decisiva sobre la calidad y la profundidad del amor y, asimismo, sobre el problema de si es portador de valores morales” (Hildebrand, 1998, pág.358).

Cuando más sublimes son los valores morales que constituyen la antífona, más elevado es el amor desde el punto de vista moral; también puede ocurrir cuando ambas personas están incorporadas al mismo principio de valor, en donde el mismo ámbito de este mueve a los dos amantes. A pesar del tipo de valores que tengan que converger con lo moral, pese a que en ciertos amores se trate de valores más bajos, si estos conducen al amor, estará igual representado en el don.

“Pero, con todo, nos conduce a aquellos valores morales que nacen del amor, no por función de la respuesta a la persona amada sino por el “don” que, en sí mismo, representa” (Hildebrand, 1998, p.360).

Como vemos, este don que puede darse entre dos personas que se aman, puede incluir distintos tipos de valores incluidos aquellos más bajos que igual conducen al amor, por esto es un don que se posee en sí mismo, como ser único individual, ya sea esponsalicio, familia o amigos.

Capítulo 4

Amor y felicidad

“La esencia de la felicidad radica en amar y ser amado”

Para Hildebrand, el amor se nos presenta de maneras diferentes y la esencia de este al mismo tiempo lo hace de igual forma. A continuación, observaremos qué tanto tiene en común el amor y la felicidad, cómo se presentan en nuestras vidas y cómo estos dos sentimientos se unen para darnos una vida llena de gozo.

En primer lugar, descubrimos lo que es el amor cuando por experiencia nosotros mismos amamos a alguien, y se nos presenta de manera vivencial en las respuestas afectivas tales como: la alegría, la tristeza, el entusiasmo, la indignación, el amor y el odio.

“Al amar experimentamos lo que es el amor, a pesar de estar vueltos sobre el amado” (Hildebrand, 1998, pág. 271).

En un segundo lugar, el amor lo descubrimos en otras personas y somos testigos de esto, por ejemplo, en el amor de dos amigos, matrimonio, padres e hijos, etc. Esto conlleva a que las manifestaciones que se funden en él se desarrollen en plenitud.

“La esencia del amor, su peculiar cualidad, la entrega que implica, el gozo que le es propio y muchas otras cosas se nos pueden manifestar en el amor a los demás” (Hildebrand, 1998, pág. 271).

La tercera característica de estas formas de experiencia es la novedad que nos entrega nuestro autor al hablar de la unión que corresponda a dos personas, esta unión que debe tornarse mutua, rica, gratificadora y poseedora de un gozo que se presenta cuando somos amados.

“Al ser amados, cuando alguien nos ama, cuando el rayo de su amor penetra en nuestra alma, cuando su amor nos envuelve, se nos abre la esencia del amor de una manera enteramente nueva” (Hildebrand, 1998, pág. 271).

Como podemos ver, el amor es algo que se nos presenta con la presencia de otro en donde será una experiencia nueva, algo que presenta en nosotros la verdadera esencia del amor y nos hace adentrarnos en una experiencia completamente novedosa, enriquecedora y se manifiesta en toda

nuestra vida desde el momento en que amamos a Dios, a nuestros padres, a nuestros hermanos, amigos, etc.

“Todo ello alcanza su expresión más alta, como es sabido, en el amor comunicado. Ser alcanzado o tocado por el amor de otra persona acerca, de modo único, a mi ser, aun viviendo de fuera, el contenido del amor. Además, el que el amor ‘vaya dirigido a mí es algo que no se puede dar en la experiencia frontal del amor de terceras personas. Eso es un aspecto del amor, recibir un soplo suyo, que solo se da cuando somos amados, lo cual alcanza una plenitud peculiar cuando el ser amado expresa reciprocidad de nuestro amor” (Hildebrand, 1998, pág. 272).

Hasta el momento, hemos explicado algunos elementos importantes sobre cómo el amor va unido a la felicidad, pero, para dilucidar con mayor profundidad este capítulo, consideraremos uno de los rasgos más esenciales del amor que es precisamente que éste es fuente de felicidad.

El amor y la felicidad irán unidos principalmente por este gozo que se identifica por ser una respuesta positivamente afectiva al valor; por ejemplo: cuando sentimos admiración por un cantante apreciamos ese gozo de disfrutar de su música y de que al mismo tiempo sea un cantante tan bueno; esta admiración va unida a una cierta alegría por la existencia de lo admirado. Estas respuestas que son ciertamente gozosas son la admiración, el entusiasmo y la veneración, pero dentro de la felicidad no hay que confundir algunas situaciones en donde se confunden estas respuestas ciertamente gozosas, ya que al malinterpretarlas dejarían de serlo verdaderamente; ejemplos claros es confundir este gozo con el entusiasmo, ya que al anhelar este último, se caería en malentendidos e interpretaciones del verdadero entusiasmo.

Hay que dirigirse directamente al objeto y su valor, porque el entusiasmo en este caso perdería su valor auténtico y pasaría a ser solo un estado que no proporcionaría nada parecido a la felicidad; lo que otorgará el verdadero entusiasmo es dirigirse, como ya hemos dicho, al objeto y su valor de una manera “permanente”.

“Tan pronto como alguien convierte el gozo del entusiasmo en objetivo directo, queda incapacitado para experimentar auténtico gozo. Si se trata de entusiasmarse en vez de dirigirse al objeto y a su valor; si persigue directamente el entusiasmo en vez del bien y su valor, no alcanzara nunca un entusiasmo auténtico” (Hildebrand, 1998, pág. 273).

En definitiva, no se puede confundir el entusiasmo con el apetito, ni tampoco quitarle valor al entusiasmo, ya que corresponde a una respuesta al valor por ser gozoso en sí mismo; al suceder una confusión entre estos dos conceptos, el entusiasmo se vería perjudicado ya que quedaría netamente como una mera satisfacción de un impulso.

“Sin embargo, es cierto que el hombre se interesa por valores por los que debe entusiasmarse, que el entusiasmo es el despliegue de un don específicamente personal, un ingreso en el mundo de los valores-una vida espiritual plena y despierta-y que esto es también una fuente de felicidad. Pero hay que subrayar resueltamente que esta felicidad, inmanente de algún modo al entusiasmo, es en verdad la felicidad de poder trascender: Es la felicidad que permite elevarse por encima de uno mismo; y por eso está unida con el gozo del bien y su valor; cualquier intento de desprenderse de ella de algún modo, conduce a una perversión” (Hildebrand, 1998, pág. 275).

Hasta este punto, dejaremos en claro que el amor es una fuente de felicidad, completamente más alta que el entusiasmo, donde la persona amada se convierte en un bien objetivo en todas las categorías del amor y en todas ellas el amado jugará un papel importante en nuestra vida individual, un protagonismo único, diferente; claro que según el grado y la categoría a la que corresponda cada amor.

“El gozo que produce ser afectado por la belleza y preciosidad de la persona amada no solo es incomparablemente más grande que la de cualquier otra respuesta afectiva al valor, sino también totalmente distinto de ella. Nos hace feliz, ciertamente, poder ver a la persona que nos produce entusiasmo, poder disfrutar de algún modo de su ser singular, cuando podemos permanecer en su presencia, hablar con ella y mantener con ella un contacto vivo. Pero este gozo es mucho más pequeño que el que produce la persona que amamos, suponiendo que haya entusiasmo sin amor” (Hildebrand, 1998, pág. 276).

La felicidad que se origina al ser afectados por el amor del otro, por todo su ser único y su belleza, producirá que amemos a ese ser y sea para nosotros un entusiasmo el poder compartir toda experiencia con él y, al mismo tiempo, sea fuente de felicidad. Por ejemplo, en palabras del autor:

“En el amor esponsalicio, cuando se desarrolla hasta alcanzar toda su grandeza y hermosura, el mundo entero de los valores se encarna de un modo definido en la persona amada y, de este modo,

la felicidad que nos produce ser afectados adquiere en él un carácter único” (Hildebrand, 1998, pág. 277).

Hildebrand no sólo dice que amar es una felicidad incomparable es también un regalo sobreabundante que tiene mucho que ver con la felicidad; la forma en que entregamos a otro el amor se convierte en una forma nueva de trascender y esto trae de la mano una trascendencia única que solo es posible con él, con la entrega y la reciprocidad de dicho amor (la respuesta), que debe ser entregada del mismo modo para que sea una felicidad sobreabundante.

“Pero, además, amar significa una forma nueva y más verdadera de existencia personal, un despertar incomparable, un hallazgo del verdadero ser propio que produce en sí mismo felicidad. En primer lugar, la disposición del alma en el amor en la medida que nos despierta al mundo entero de los valores, lo cual es una fuente de felicidad. En segundo lugar, la vigilancia completamente nueva en la ejecución de todos los actos. Ejecutamos nuestras actitudes de un modo más despierto. Y, como son en sí mismas fuente gozo, se tornan, en nuestra situación despierta, incomparablemente más felices. Finalmente, el ‘encontrarse consigo’ por el amor, son en sí mismos fuentes de felicidad” (Hildebrand, 1998, pág. 278).

Todos estos momentos influirían de manera diferente de acuerdo con las categorías del amor, el amar en el sentido de amor esponsalicio es naturalmente una fuente de felicidad que no se compara con las otras categorías naturales, y lo mismo sucede con los elementos mencionados que se desarrollan de una manera completamente nueva. Es en el amor esponsalicio donde se da esta unión única que está correspondida con el otro, es en este amor donde se presenta con más fuerza la fuente de felicidad incomparable.

Nuestro autor nos dice que aquí es donde se pueden aplicar las palabras de Goethe: “sólo es feliz el alma que ama.” Y nos pondrá el ejemplo que una persona que no ama con ningún tipo de amor (esponsal, amigos, de padres, etc.), no logrará encontrarse consigo misma, ni alcanzar su verdadero ser.

“Hasta la misma felicidad, que es algo que alcanzamos cuando nos descubrimos a nosotros mismos, es un puro fenómeno colateral, no un tema central, por grande y valiosa que sea” (Hildebrand, 1998, pág. 279).

“Esta felicidad extraordinaria pertenece a la esencia del amor, habrá que repetir una vez más con total resolución que mi felicidad no es el tema primero del amor, sino la persona del amado, su felicidad, su salud y secundariamente, la unidad con él” (Hildebrand, 1998, pág. 279).

La felicidad entonces que proviene del amor es aquella que se funda en él y, en la unidad dentro de este, se ofrecerá como un regalo que es en sí fuente de gozo; podemos decir que es con el amor y la felicidad que el hombre puede alcanzar su trascendencia y verdadero ser, el cual puede ocurrir con más plenitud en el amor esponsal, pero también se puede llevar a cabo en sus distintas categorías. Por otro lado, la felicidad no deja de ser importante, pero dentro de nuestro tema a investigar pasará a un lugar secundario debido a que lo principal aquí es el amor que se entrega al otro siempre y cuando este esté correspondido, la felicidad corresponde más bien en preocuparme por todo lo que el otro es.

Hildebrand nos recalcará que será un inmenso regalo el ser correspondido por el amor de otro, un regalo que no podrá ser sustituido por nada, ya que ser partícipes de un amor con otra persona es algo profundamente gozoso.

“La felicidad que mana de la existencia de la persona amada aumenta de forma insospechada cuando ella corresponde a mi amor. Su ser amado, que es fuente de gozo, se vuelve más evidente todavía y se abre de un modo íntimo que solo es posible cuando vuelve con amor su rostro hacia mí. Pero la persona amada no solo me abre con su amor su ser de un modo nuevo, sino que, cuándo ama, se vuelve objetivamente más hermosa y digna de amor” (Hildebrand, 1998, pág. 284).

Entonces, la felicidad se manifestará cuando nace el amor recíproco entre dos personas, será ese regalo que nace con el amor, no es una felicidad por sí sola.

Capítulo 5

Orden del amor

Orden del amor es cómo lo distribuimos, nuestra capacidad para entregarlo. Para Hildebrand la verdadera esencia del amor se clasificaría en distintos modos de sentirlo.

El problema que esto plantea se refiere a la cuestión de “amar más o menos” y es, en este sentido, donde da conocer el orden del amor. ¿Tienen nuestros hijos más derechos a ser amados que los demás? ¿Tiene derecho la esposa no solo a ser amada de manera distinta, sino a ser amada más que ninguna otra persona? ¿Tiene el orden del amor un significado especial también en la esfera de las categorías naturales del amor? ¿es moralmente relevante este *ordo*?

El orden del amor entonces, en el cual el autor se enfocará, se presenta este ‘amar más’ y se tratará de dar respuesta a las preguntas anteriormente planteadas.

“Nos ocuparemos solo del orden del amor en sentido estricto, es decir, de la jerarquía del amor entendido en sentido estricto y auténtico, pues este es nuestro único tema en este libro. El orden del amor del que aquí nos ocupamos aborda el problema de a qué personas debemos amar más que a las demás” (Hildebrand, 1998, pág. 406).

Aquellos puntos de vista relevantes en el orden del amor que nos presenta nuestro autor son: La altura moral del bien que se refiere a la altura de éste en cuanto a respuesta al valor hacia la persona que va dirigida el amor.

“La respuesta del bien más elevado encierra un ‘más’ respecto del menos elevado” (Hildebrand, 1998, pág. 408).

“La ley fundamental de la correspondencia, de dar lo que es debido, se extiende a todas las respuestas al valor y, por consiguiente, también al amor.” (Hildebrand, 1998, pág. 408)

En cuanto los valores que presenten las personas en los distintos tipos donde se ordena el amor y, debido a las diferencias personales de los individuos, se presentan un sinnúmero de novedades en lo que se refiere al amor o, como sugiere nuestro autor, al “amar más”; al mencionar “diferencias”, se hace alusión al sentido emocional o en desarrollo propiamente tal de la persona, ya sea, por ejemplo, que manifieste cualidades como: amable, deshonesto, leal, fiel, bondadoso, egoísta etc. Para un mayor análisis de esto, Hildebrand recurre a la parábola del hijo pródigo:

“A primera vista, esto podría parecer incompatible con la parábola del hijo prodigo. Pero, en realidad, no es así. El hijo prodigo, debido al grandioso valor moral y la singular relevancia de la fidelidad profunda, se halla por encima del hermano, sin duda correcto, pero vanidoso. Además, la respuesta que se manifiesta en la fiesta por el regreso del hijo perdido se refiere a la metanoia, a la resurrección moral del hijo perdido, que es en sí mismo un gran acontecimiento religioso-moral y exige una especial respuesta de alegría” (Hildebrand, 1998.pág. 409).

Queda de manifiesto aquí que, aunque esta parábola debiera en cierto punto ser todo lo contrario con respecto al orden del amor de las cualidades de tal o cual hijo, en el sentido de que el hijo que se queda al lado del padre debería de cierta manera recibir más amor o más consideración que el hijo que regresa, el trasfondo en realidad es el recuperar algo perdido y es a eso a lo que apunta esta parábola y lo que quiere Hildebrand dar por entendido al mencionarla. El cambio de opinión del hijo que, arrepentido por los errores que había cometido, vuelve donde su padre a pedir perdón y a la forma en que es recibido, nos deja un mensaje claro que nos dice que aquel hijo que se creía muerto ha revivido.

Los celos del otro hijo son evidentes, pero el padre responde que todo lo que él tiene siempre ha sido de él, pero la fiesta y el becerro más lindo es porque cuando su hijo se fue, pensó que no volvería. Debido a esto se podría malinterpretar el grado de amor que se siente, pero que en realidad es sólo por el acontecimiento de un hijo que se ha ido y ha regresado, y esta acción nos muestra la importancia del arrepentimiento y el gozo que esto trae al corazón.

“Un factor decisivo de la amistad es que la otra persona corresponda a mi amor.” (Hildebrand, 1998, pág.409)

Por otro lado, en la amistad y en el amor que ahí se produce, el papel que cumple la jerarquía de los valores se presenta con más claridad, ya que no es muy discutible que una persona noble y

generosa, por ejemplo, merezca más ser mi amigo que alguien mentiroso y déspota. Este amor tiene una particularidad ya que debe existir una respuesta por parte del otro individuo para que se genere el lazo de amistad; otra característica relevante que se puede mencionar es que uno puede sentir el mismo tipo de amor por uno o más amigos, esta característica tan peculiar no ocurre por ningún motivo en el amor esponsalicio porque este tipo de amor contaría con una elección y exclusividad de parte de ambos amantes debido a que no se puede amar a dos personas con este tipo de amor.

“Una mujer merece más que la otra ser amada con amor esponsalicio, que es exclusivo. Este mayor merecimiento es lo único que hace al caso cuando hablamos de dos o más personas y las comparamos de acuerdo con su dignidad para ser amadas con este amor, con el que, como hemos visto ya, sólo podemos amar a una persona” (Hildebrand, 1998, pág. 410).

Hildebrand nos aclara: *“Aquí la expresión ‘ más ’ se refiere a la intensidad del amor como tal, a su fuerza, su ardor, al lugar que la persona amada ocupa en mi corazón, al papel que desempeña en mi vida o debería desempeñar”* (Hildebrand, 1998, pág. 410).

La afinidad objetiva es el segundo factor decisivo para determinar el orden del amor y se refiere a esa afinidad que es dada antes de cómo la que sentimos por nuestros hijos, por ejemplo.

“La afinidad objetiva es también un factor determinante para el orden del amor. Es evidente que, ceteris paribus, una madre debe amar más a su hijo que al de un extraño o, como podemos decir también, que su hijo tiene derecho a que ‘se le ame más ’ (Hildebrand, 1998, pág.412).

Con respecto a la afinidad en el amor esponsalicio y en la amistad, destacan el valor único y la individualidad de otra personalidad, y cuando dos hombres coinciden en el ámbito del bien y el valor es porque tiene cabida la afinidad objetiva.

Ahora bien, hay dos formas de afinidad dadas por Hildebrand, la primera corresponde a la afinidad recíproca que tendrá su fundamento en la palabra que Dios ha pronunciado entre dos personas y la otra es cuando la persona ama de un modo especial, pero es solamente de ella este amor y no necesariamente correspondido. Esta afinidad puede que también tenga un carácter objetivo querido por Dios, en donde solamente uno siente amor por la otra persona.

“La primera forma de afinidad, es decir, ‘la palabra’ que Dios ‘ha hablado ’ entre dos personas, juega un papel decisivo en la esfera del amor de amistad y del amor esponsalicio. Este momento se expresa en el hecho de que el ser de una persona resplandece para mí en toda su belleza y el

mío para él lo hace de modo análogo. Se manifiesta, asimismo, en que nos encontramos con ella de manera especial en uno más de un ámbito de valores y de bienes, en que tiene lugar un verdadero entrelazamiento de las almas, en que entre los dos y por encima de ambos hay algo significativo” (Hildebrand, 1998, pág. 413).

Serán esclarecedoras las palabras de Hildebrand ya que, si bien en nuestra cotidianidad hemos hecho uso de la palabra afinidad, no estábamos muy lejos de lo que realmente significa en lo que compete a este tema el orden del amor y es como esta muestra su lado más dulce para así vivir de forma plena este sentimiento.

Se hablará, entre dos personas, del término de reciprocidad que se refiere a la intensidad con la que sentimos el amor hacia el otro; al existir amor y con él ese amor recíproco, no significa que los dos amantes se enamoren con la misma intensidad, sino que puede ocurrir que uno de ellos ame más y que el papel que cumpla en la vida de su amado, sea mucho más relevante que a la inversa. En un caso como éste, no seguiría al ideal que persigue el amor de amistad ni el amor esponsalicio, ya que en estos dos y siempre que exista reciprocidad, Dios ha pronunciado una palabra entre dos personas y con esta se le ha encomendado de algún modo la misión de amar al otro.

“Pero siempre que la reciprocidad, se puede hablar de que Dios ha pronunciado una palabra entre dos personas y de que, con ella, se les ha encomendado a ambos de algún modo la ‘mision’ de amar al otro. El hecho de que alguien me ame de modo especial y me comprenda de manera peculiar le concede más derecho a mi amor del que posee el que ni me ama ni me comprende. Con todo, el orden del amor no depende solo de si esta palabra ha sido pronunciada o no, sino, sobre todo, de la clase de palabra pronunciada y de si existe la “misión “del amor, es decir, de la clase e intensidad de amor que esta ‘misión’ prescribe” (Hildebrand, 1998, pág. 413).

Aquí se agrega un elemento más, que es la “misión”, que comprende de por sí el amar al otro aun cuando este no corresponda del mismo modo a ese amor, pero esa belleza integral que ofrece la individualidad única de la otra persona que nos la muestra de manera especial, puede llevar consigo la misión de amar y, en consecuencia, hará que se ame al otro más que a cualquier belleza integral que se haya conocido.

La afinidad unilateral

“La afinidad unilateral influye de otro modo en el orden del amor. El amor que alguien nos brinda es una llamada que nos dirige para que nos volvamos a él con amor” (Hildebrand, 1998, pág. 414).

Para ir esclareciendo este orden del amor debemos dar cabida a otro tipo de afinidad y esta es la llamada afinidad unilateral, pero en qué consiste este tipo de afinidad y cómo se involucra en el orden del amor, es lo que pasaremos a explicar.

En primer lugar, esta afinidad nos dará una razón para poder dar con una mayor intensidad nuestro amor a una persona por sobre las otras, del modo que esa entrega amorosa sea bien dirigida a aquellos que ofrecen una reciprocidad, es decir, su amor también será mayor hacia el amado que hacia los demás.

Con esto no se quiere decir que el sólo hecho de amar a alguien causará una reciprocidad, sino más bien que esta afinidad nos habla de que ese brindar amor a alguien determinado será porque ya es correspondido.

“Ahora se trata de determinar hasta qué punto el amor de una persona hacia nosotros, de alguien cuya personalidad no nos atrae especialmente, contiene, no obstante, la ‘misión’ de brindarle amor. Se trata de averiguar, pues, si nuestra actitud hacia ella no es distinta de la que adoptamos frente a otra que no siente interés por nosotros y de si esta diferente actitud no nos impone la tarea de amarla más. Se trata de saber hasta qué punto su amor hacia mi le otorga objetivamente un cierto ‘derecho’ a mi amor.” (Hildebrand, 1998, pág. 414).

El interés de que alguien nos quiera a nosotros nos impone el deber de cuidar de él más que de otra persona que no nos ama de ese modo. Aunque el amor que me tenga no sea el mismo que yo siento por él, en el caso del orden del amor esta afinidad está más allá de hallarse dentro del amor de amistad y amor esponsalicio.

“El que alguien nos ame de un modo especial significa que se interesa objetivamente por nosotros. Y este interés nos impone el deber de cuidar de él más que de otra persona que no nos ama de ese modo” (Hildebrand, 1998, pág.415).

Para finalizar, debemos mencionar al agradecimiento que es otra forma de afinidad, y consistirá en que a aquel individuo al que se le tenga algo que agradecer, recibirá más atención y amor que el que se le pueda ofrecer a alguien a quien nada se le deba. Concluido esto, pasaremos a definir los distintos tipos de amor: amor esponsalicio y matrimonio, amor de amistad y el amor de los padres.

Amor esponsalicio y matrimonio

“La particularidad categorial del amor esponsalicio, su carácter de decisión, su peculiar entrega, el regalo del corazón que supone, son cosas que entrañan la exigencia de ocupar el primer lugar en el corazón del amante” (Hildebrand, 1998, pág. 416).

Es este amor el cual sentimos por el otro el que tiende a estar en primer lugar, tiene ciertas características y debe responder a ciertos factores para que llegue a ser el primero. Una de esas es que es un amor exclusivo y dentro de él no da cabida al amar más o menos a otra persona. Hildebrand nos dice que, de algún modo, alguno de nosotros puede amar, en primer lugar, a su madre o hermana, pero cuando aparece el matrimonio o amor esponsalicio hacia el otro es una entrega de manera completamente diferente. No pasaría a segundo plano mi hermana o mi madre el primer lugar de este amar, más dependerá de la afinidad y el fervor del amor que nos ha sido regalado por la otra persona. Hay situaciones excepcionales donde otra persona ocuparía el primer lugar y es porque aflora de una manera extraordinaria la personalidad de este ser humano, y es por su propia profundidad que de algún modo reclama el primer lugar en el corazón de ambos, sí y solo sí es en el corazón de ambos.

“Cuando esto ocurre, el amor esponsalicio no queda excluido, pero existe desde un principio un conflicto entre la exigencia material de la relación singular de la madre, la hija, la hermana, el hermano, el amigo, etc., y la exigencia formal del amor esponsalicio. Ambos reclaman legítimamente el primer lugar en el corazón. Lo que decide en este caso es la profundidad y sublimidad de la relación. El punto de vista material del caso individual decide frente a la primacía fundada en la categoría de amor. Esto significa, naturalmente, aunque también se puede evitar, que el amor esponsalicio no puede ser perfecto, que no puede ser lo que por su esencia debería ser” (Hildebrand, 1998, pág. 418).

Está claro que puedo sentir un amor similar que el esponsalicio por otra persona, pero esto solo ocurre cuando ambos sienten la misma intensidad de entrega y no se debe caer en el error donde prolongamos nuestro propio ego en el otro que amamos, esto no pertenecería a la verdadera esencia del amor que queremos confirmar.

“El que esta persona, a la que amamos más que ninguna otra, sea una hija, una amiga, un amigo, o nuestra madre, pasa a un segundo plano frente a la respuesta al valor individual. Ahora no

amamos a una persona por ser nuestra madre, nuestra hija o nuestro hijo, sino por ser este individuo, está individualidad” (Hildebrand, 1998, p.418).

Como podemos dilucidar, amamos el ser de esa persona como única e individual, amaremos esa individualidad que la hace un ser especialmente bello y donde, de algún modo, despertará en el corazón la primacía de ese amor.

“El cumplimiento de la exigencia formal, en el amor esponsalicio, se da cuando, en el caso individual, el ser amado esponsalmente es la persona más importante para nosotros, la que ocupa el primer lugar en nuestro corazón y a la que amamos ‘más’ que a las demás. Podemos decir, pues, que, prescindiendo de los casos extraordinarios en los que está justificado que otro amor, por su particularidad individual, ocupe el primer lugar, el amor esponsalicio, cuando ha llevado al entrelazamiento de la mirada, debería tener primacía sobre cualquier otro” (Hildebrand, 1998, pág. 419).

En el orden del amor, el matrimonio (o en la actualidad el “emparejamiento”), ocupará el primer lugar ya que este tipo de amor produce que en las parejas se unan sus vidas y se acepten de tal manera que se fundan sus corazones, de modo que nace un todo que los unirá en cuerpo y espíritu y así se produzca la mutua entrega corporal.

“El matrimonio, como tal, es una consecuencia de la primacía del amor esponsalicio, primacía que se funda en su particularidad categorial. Llega al extremo de unir nuestra vida, también externamente, con la de la persona amada, a comprometernos formalmente para toda la vida, a querer ser ‘una sola carne’ con ella, nos concede un puesto singular en su vida. El matrimonio es la expresión objetiva más vigorosa de la primacía fundada en el entrelazamiento de la mirada del amor esponsalicio. Cuando existe un amor de este tipo y no hay ningún impedimento objetivo, se debería contraer matrimonio” (Hildebrand, 1998, pág. 419).

De acuerdo con Hildebrand, el amor esponsalicio, que es fundado y se forma de manera excepcional, llega a unir la vida de los amantes en una sola carne; diremos también que será posible siempre privilegiar la respuesta al valor y con esto llevará formalmente a tomar la decisión que tiene más primacía ante cualquiera y que se da de la mano de la mirada entrelazada del amor, el cual asegura que un amor así puede dar el gran paso de contraer el matrimonio.

Amor De Amistad

Como lo hace notar Hildebrand, se presentan diversos matices de la palabra amigo; nos referimos, por ejemplo, cuando llamamos “amigo” a personas que han sido partícipes de algún acontecimiento importante, a quien conocemos hace años, con los que tenemos una relación estrecha, pero que de alguna forma siguen un orden en el amor y veremos los requisitos que alguien debiese cumplir para ser realmente considerarse un amigo y responda de una manera al valor.

“Según el orden del amor, un amigo o una amiga deben ocupar en nuestro corazón depende completamente, como es obvio, del tipo de amistad, de su intensidad, del grado de afinidad de los amigos y de la especial palabra singular que Dios ha hablado entre ellos. A diferencia del amor sponsalicio, el paternal o el filial, la particularidad categorial del amor de amistad no contiene la exigencia de amar ‘más’ a alguien. No nos explica el lugar en nuestro corazón a que un amigo tiene derecho” (Hildebrand, 1998, pág. 422).

Nos queda en claro, con lo que hemos mencionado, que un amigo puede reclamar más amor que un simple conocido.

“Queremos decir exclusivamente que el amigo más lejano tiene derecho a que le dediquemos una parte de nuestro tiempo y que mostremos interés por cómo le van las cosas, nada de lo cual debemos a un simple conocido” (Hildebrand, 1998, pág. 422).

El amor que nos brinda un amigo es algo de suma importancia en lo que se refiere al orden del amor, es alguien desconocido que pasa a formar parte importante en la vida de alguien, pasa a compartir y entregar su tiempo, y que a pesar de la distancia física que las circunstancias presenten, la amistad seguirá presente producto de los lazos de afectividad que se formaron.

Como podemos ver, un amigo poseerá características que lo harán importante en nuestras vidas, y será aquella persona a la que se le mostrará lo más íntimo de nuestro ser, y así pasará a

transformarse en un individuo que va a merecer completamente nuestro amor y también se hará un descubridor y portador de valores.

El amor de los padres

El amor de los padres hacia los hijos es un sentimiento completamente incondicional pero que su entrega se presentará de distintas formas, esto dependerá de distintos factores como las edades de los hijos, al cuidado y atención que requerirán a través de todas sus etapas de crecimiento.

“Afinidad objetiva, motivan el de los padres, entre los que destaca, sobre todo, la respuesta al valor de un ser personal, a la preciosidad de una persona, especialmente si se halla en una situación conmovedora, desamparada y menesterosa. Este valor no se puede separar de la afinidad objetiva, pues es a través de ella como aquel se ve claramente” (Hildebrand, 1998, pág. 423).

“En el caso del hijo pequeño- desde el momento en que carece por completo de conciencia hasta el instante en que ha formado definitivamente su personalidad-el amor de los padres posee un carácter especial” (Hildebrand, 1998, pág. 423).

El amor como tal, nos recalca Hildebrand, responderá de modo distinto debido a las distintas etapas a las que se van enfrentando los hijos, ya que un bebé necesitará por completo a sus padres, para todos los ámbitos de su corta existencia, a diferencia de un niño más grande, que ya comenzará, en ciertas situaciones, a ser un poco más independiente.

“El amor de los padres es específicamente anticipador y lleno de esperanza” (Hildebrand, 1998, pág. 424).

Habrá que mencionar que el amor de los padres se genera desde mucho antes del momento en que ven a sus hijos por primera vez, sino que nace al momento de saber que aquel ser que van a concebir se encuentra en el vientre materno; comenzarán a imaginarse cómo será, qué sexo tendrá, y buscarán un nombre para así entregarle una identidad. Todas estas experiencias previas para

conocer a los hijos, por las que pasan los padres, de algún modo los hace partícipes del crecimiento y del proceso de gestación que está llevando a cabo su esperado bebé.

“Pero la particularidad categorial de esta relación motiva, desde cierta perspectiva, la preferencia incondicional de este amor frente a los demás amores humanos, excepto el conyugal. Nos referimos a la perspectiva que representa el cuidado amoroso, el grado de preocupación, la entrega, las acciones de amor. En todo ello el propio hijo tiene, evidentemente, un lugar absolutamente extraordinario” (Hildebrand, 1998, pág. 424).

Con esto se podrá decir que Hildebrand ubica el amor a los hijos en un segundo lugar, a continuación del amor conyugal; esto debido a que los hijos nacerán carentes de una orientación valórica y afectiva, y que será tarea de los padres enriquecerlos en esos ámbitos que los formará y preparará para su vida adulta. Esta falta ya antes mencionada, provocará en los padres aquella forma en la cual responderán a ese amor. Al tratarse de un hijo propio, por el sólo hecho de serlo, necesitará asistencia y entrega amorosa y son merecedores de un amor más grande y completo que los hijos ajenos, lo mismo ocurre en el ámbito de la adopción, ya que el hijo debe ser reconocido como propio, aunque no lleve *per se* la misma sangre que los padres.

“Un hijo apela a nuestro amor qua amor, a nuestra cariñosa entrega, al especial calor del amor. Debe sentirse rodeado de amor, despertar a la vida protegido por él, crecer y florecer con los rayos de ese sol. No hay deber, ni asistencia alguna, por perfecta que sea, que pueda sustituirlo” (Hildebrand, 1998, pág. 425).

Como podemos apreciar, un hijo apela a un amor puro y sincero que nunca se deja de sentir, un amor que produce un destello de luz tan fuerte como el sol y que será infinito e incondicional; es un regalo maravilloso, un anhelo que se hace realidad y que se transforma en carne para hacerse presente en la vida de los padres impidiendo que otra cosa u otro tipo de cariño tome su lugar.

“En cierto sentido, una profunda relación individual debería hacernos capaces de amar en general y dar nuevas alas al amor por nuestro hijo, lo cual es evidente en el amor al cónyuge y debería ocurrir, de modo análogo, en todo amor grande y profundo” (Hildebrand, 1998, pág. 425)

Capítulo 6

El corazón

Para poder aclarar y complementar esta investigación, no se quiso dejar fuera a uno de los libros más importantes y destacados de nuestro autor, donde podremos ver y aprender sobre toda la esfera afectiva y donde también se hará visible la gran ambigüedad que existió en torno al concepto y lo que se pensaba acerca del amor; también se pretenderá esclarecer y clasificar aquellos elementos psíquicos y corporales que son parte del hombre.

El libro llamado “*El corazón*” suma nuevas aristas más esclarecedoras con relación a los sentimientos y a las verdaderas respuestas vinculadas al valor en la vida del hombre.

“El hombre es capaz de <<Sentimientos Espirituales>> como el amor, la alegría, la pena. La contrición, la compasión y muchos otros que no son causados por la acción de un agente sobre el cuerpo o dentro del cuerpo, sino que requieren la aprehensión intelectual previa de lo que es llamado un <<Objeto Motivante>>, alguna realidad en la parte del objeto que solicite amor, alegría, pena, contrición o compasión. Estos afectos son genuinos, pero son espirituales, y von Hildebrand los denomina <<experiencias Intencionales>>: alertan a nuestro corazón, nos encienden en amor. Nuestro corazón puede saltar de alegría o <<estar apesadumbrado por la pena>> (Hildebrand, 1996, pág. 11).

Esta investigación, corresponde al campo deficientemente estudiado de los sentimientos. Este capítulo llevará por nombre el del libro del autor, responderá algunas importantes interrogantes que pudieron haber quedado en el aire y, más aún, podrá complementar un contenido nuevo a dicha investigación.

Se pretenderá dilucidar cómo las experiencias afectivas como la alegría, tristeza, compasión o contrición deben ser sancionadas, y esta sanción será por parte de la voluntad con el fin de poseer plena validez. Esto también ocurrirá con los sentimientos ilegítimos que se darán a conocer más adelante, que nos conducen a un error en cuanto a confundirlos con las verdaderas respuestas al valor y es así como también debemos desaprobarlos.

“De este modo, incluso las emociones más profundas de la persona, las obras y las palabras de su corazón, están sujetas a la aprobación o rechazo de su libre centro espiritual; la voluntad” (Hildebrand, 1996, pág. 11).

De acuerdo con lo anterior, se ahondará con más detalle la esfera afectiva que propone Hildebrand y cómo ésta juega un papel tan importante tanto para el entendimiento como para la voluntad y el corazón, lo cual se aclara con mayor detalle y en palabras del autor:

“Toda la esfera afectiva fue asumida, en su mayor parte, bajo el capítulo de las pasiones, y siempre que se considera la afectividad en este capítulo específico, se insiste en su carácter irracional y no espiritual. Una de las principales razones para degradar la esfera afectiva, para negar el carácter espiritual a los actos afectivos y para rehusar al corazón un estatuto análogo al del entendimiento de la voluntad, es identificar de modo reductivo la afectividad con las experiencias afectivas de tipo inferior. Para toda el área de afectividad e incluso el corazón, se ha visto a la luz de los sentimientos corporales, los estados emocionales o las pasiones en el estricto sentido de la palabra.” (Hildebrand, 1996, pág. 33).

Primeramente, se debe explicar cómo están involucrados la voluntad y el entendimiento con respecto a la esfera afectiva y habrá que desglosar esta información para que sea más atractivo, llamativo e interesante y, a la vez, aportar algo novedoso.

De la mano con esta explicación nos adentraremos en la experiencia que nos afecta de distinta manera con la respuesta al valor:

“Quizás la razón más contundente para el descrédito en que ha caído toda la esfera afectiva se encuentra en la caricatura de la afectividad que se produce al separar una experiencia afectiva del objeto que la motiva y al que responde de modo significativo. Si consideramos el entusiasmo, la alegría o la pena aislante, como si tuvieran un sentido en sí mismos, y los analizaremos y determinaremos su valor prescindiendo de su objeto, falsificamos la verdadera naturaleza de tales sentimientos. Solamente cuando conocemos el objeto del entusiasmo de una persona se nos revela la naturaleza de ese entusiasmo y especialmente <<su razón de ser>>. Como dice San Agustín; <<Finalmente nuestra doctrina pregunta no tanto si uno debe enfadarse, sino acerca del porqué y de qué, por qué está triste y no si lo está; y lo mismo acerca del temor.” (Hildebrand, 1996, pág. 36).

Al analizar el ámbito de la esfera afectiva por separado del objeto, no se deben separar los sentimientos hacia alguien, sino que mirarlos sólo como sentimientos individuales que luego involucrarán al individuo para pasar a ser objeto de estudio. Lo que debe quedar en claro, es que se tomará tanto al objeto como el sujeto ligados al entendimiento y la voluntad. Lo que busca Hildebrand es acreditar lo que es la esfera afectiva, darle el valor que se merece y al mismo tiempo, tomar el corazón para que la filosofía lo reconozca como tal y así se transforme en un objeto de estudio con cierta lógica.

“Cuando ciertos pensadores reemplazan el mundo de los valores moralmente relevantes y la ley moral objetiva por meros sentimientos de simpatía, nos encontramos de nuevo en la misma situación. A las cosas que, por su propia naturaleza, existen independientemente de nuestra razón, como los valores moralmente relevantes y la ley moral. Se les niega su propia existencia si se les reemplaza por sentimientos. Y Junto con esta sustitución se produce también una desnaturalización del sentimiento moral. Al separarlas de sus objetos, al no tener en cuenta su carácter de respuesta, ya no estamos frente aquellas realidades afectivas que juegan realmente un papel importante y decisivo en la esfera de la moralidad como la contrición, el amor y el perdón, sino que nos encontramos más bien con meros <<sentimientos>> privados de todo significado, como una especie de gesticulaciones en el vacío.” (Hildebrand, 1996, pág. 39).

Hay que dejar en claro que no se debe desacreditar el tan importante mundo afectivo y, con él, al corazón, sino que hay que otorgarle una sublime importancia a los sentimientos - como el amor – y al mundo moral, conociendo así parte de su naturaleza para poder acercarse a su significado.

“Debemos reconocer que el lugar del corazón ocupa en la persona humana un lugar de igual categoría que el de la voluntad y el entendimiento” (Hildebrand, 1996, pág. 52).

Podríamos afirmar en esta investigación que el amor es el punto culmine del bien moral, asimismo, lo que quería también nuestro autor, es que se le dé al corazón la importancia que se merece y que ha sido dejada de lado durante tanto tiempo y por tantos estudiosos, el corazón debe ocupar el mismo lugar que la voluntad y así trabajar a la par con ella y con el entendimiento, y así dejar de percibir al corazón como solo un músculo que bombea sangre a nuestro cuerpo.

“Admita que en el hombre existe una triada de centros espirituales; entendimiento, voluntad y corazón, los cuales están destinados a cooperar entre sí y fecundarse mutuamente” (Hildebrand, 1996, pág. 56).

Se espera que esta triada trabaje en conjunto, pero también, Hildebrand propone que sólo el corazón sea el encargado de hablar a través de los sentimientos de los hombres.

Afectividad espiritual y no espiritual

“El término <<corazón>> se utiliza a menudo para designar la vida interior del hombre en cuanto tal. En estos casos, <<corazón>> es más o menos un sinónimo de <<alma>>. Así nuestro Señor dice <<. del corazón del hombre salen malos pensamientos, adulterios, crímenes, latrocinios, avaricia, iniquidad, el engaño, la desvergüenza.>>. Aquí no sólo se contrapone el corazón a la voluntad y al intelecto, sino al cuerpo y especialmente a las actividades corpóreas. De todos modos, resulta significativo que se escoja el corazón como elemento representativo de la vida interior del hombre, y que sea él mismo, en vez de la inteligencia o la voluntad, el que se identifique con el alma en cuanto tal.” (Hildebrand, 1996, pág. 57).

Será el corazón el encargado de identificarse con el alma, ya que es uno de los principales elementos de los seres humanos, y a su vez, debe trabajar de la mano del entendimiento y la voluntad, pero siempre, sobresaliendo por encima de ellos. En toda la esfera afectiva que nos habla nuestro autor, es el corazón el que posee un puesto principal y no debe ser aprisionado, opacado ni considerado inferior al intelecto ni la voluntad; debido a esto, se pretenderá esclarecer, demostrar y comprender que el corazón es el centro de todo.

“En primer lugar, se ve al corazón como raíz de la afectividad. Del mismo modo que el intelecto es la raíz de todos los actos de conocimiento, el corazón es el órgano que da origen a toda afectividad; deseos y anhelos, <<conmoverse>>, todos los tipos de felicidad y dolor están enraizados en el corazón en su sentido más amplio. Pero en un sentido más preciso, podemos usar el término <<corazón>> para referirnos solo al centro de la afectividad, al verdadero núcleo de esta esfera” (Hildebrand, 1996, pág. 58).

De lo anteriormente señalado, podemos inferir que es en el corazón donde nace la afectividad de cada individuo y es allí también de donde surgirán los sentimientos que influyen claramente en nuestro desarrollo psicosocial.

“Cuando nos referimos al entendimiento, la voluntad y el corazón como tres potencias fundamentales o raíces en el hombre, cada una de las cuales gobierna su propio campo de experiencia, no pretendemos decir que cualquier vivencia, actividad o aventura del hombre se puede clasificar en uno u otro de estos ámbitos. La misteriosa riqueza del ser humano tiene tantos aspectos que el intento de clasificar toda la experiencia humana en algunos de esos tres reinos implicaría necesariamente el peligro de hacer violencia a la realidad. Lejos de nosotros sucumbir a esta tendencia que, en lugar de abrir la mente a la naturaleza específica de cada experiencia, fijaría a prioridad el reino en el que debe ser colocada. Con todo, sea cual fuere la naturaleza de muchas otras experiencias, éstos tres reinos desempeñan un papel preponderante y tenemos toda la razón al hablar de tres centros fundamentales en el hombre” (Hildebrand, 1996, pág. 59).

En rigor, podemos comprender que la voluntad, el entendimiento y el corazón, son las potencias que regulan cada acto del hombre y por esto, estas tres potencias entrarán en la vida afectiva. Todas las vivencias no se pueden clasificar en solo uno de estos campos, debido a que cada persona es un mundo distinto en sí y sería reducir al ser humano como tal comprender que ciertas situaciones pueden ser juzgadas sólo por uno de estos tres centros y ver si estas poseen cierta validez en cuanto al campo afectivo.

Pues bien, es el corazón el verdadero núcleo afectivo del hombre. En otras palabras, cuando algún acontecimiento golpea duramente en las experiencias de cada persona, golpeará directamente en el centro de su vida afectiva, es decir, de su corazón.

“<<corazón>> significa el punto focal de la esfera afectiva, el punto de esta esfera que resulta afectado de modo más crucial. Mientras que el corazón como raíz de la afectividad no implica una profundidad específica, es decir, no se opone a niveles de afectividad, el corazón en este sentido típico tiene la connotación de ser el verdadero centro de gravedad de toda la afectividad” (Hildebrand, 1996, pág. 59).

La manera en que Hildebrand comprende al corazón es un gran aporte para la filosofía y para poder ahondar más en esta aseveración, hay que dar a conocer la forma en que el corazón se da en los distintos aspectos de la esfera afectiva en cuanto a los sentimientos físicos y psíquicos.

Al quemarse un dedo, tomar una bebida helada o tomar un baño caliente, estamos ante experiencias que experimenta nuestro cuerpo y, si bien de éstas se tiene conciencia, al sentir estos dolores o placeres se viven principalmente como algo que tiene lugar o afectan directamente al cuerpo; por esto que se encarecerá aún más la idea de diferenciar éstos sentimientos corpóreos de los psíquicos, si en realidad solamente son de exclusividad corporal o si se experimenta con una parte o todo el ser en sí mismo.

“Si comparamos un dolor de cabeza con la tristeza por un suceso trágico es imposible no darse cuenta de la diferencia fundamental que existe entre estos dos <<sentimientos>>” (Hildebrand, 1996, pág. 61).

Por otro lado, cuando experimentamos el dolor de la tristeza como, por ejemplo, con la pérdida de un familiar querido, será un dolor inexplicable, de esos que si no se han vivido no pueden nunca empatizar realmente con alguien que sí ha pasado por una tristeza como esa; será entonces muy diferente el dolor del corazón con un dolor de cabeza que se desvanece al ingerir un medicamento, por ende, la tristeza es experiencia personal, no se va jamás y se aprende a vivir con ella.

“Los sentimientos corporales y los impulsos en el hombre no son ciertamente experiencias espirituales, pero son, sin lugar a dudas, experiencias personales” (Hildebrand, 1996, pág. 62).

Podemos afirmar que aquellos sentimientos corporales cumplen un rol completamente distinto a los otros sentimientos, pero, serán considerados de igual manera experiencias personales vividas por un individuo en particular.

Somos poseedores de sentimientos corpóreos y espirituales que nos hacen únicos, es decir, experimentamos la alegría, la tristeza y, principalmente, lo que nos compete, el amor. Los sentimientos corporales, como el deseo por el otro, no tienen nada de malo si estos se dan en el amor sponsalicio y bajo la palabra del matrimonio para nuestro autor. En la actualidad, vemos que el deseo por el otro y el amor se llevan a cabo sin necesariamente llegar al matrimonio o a la unión conyugal en sí.

“Aislar estos sentimientos corporales de la realidad total de la persona humana significaría no comprenderlos, y no sólo desde el punto de vista moral, sino también desde el punto de vista de su verdadero significado y de su carácter intrínseco. Sólo cuando se ven a la luz de la específica “intentio unionis” del amor conyugal y de la sanación de Dios en el matrimonio, sólo cuando los consideramos en relación con el amor, revelan su auténtico carácter y muestran su significado real.” (Hildebrand, 1996, pág. 63)

Al distinguir los sentimientos corporales de los dolores que presenta el alma no podemos dejar sin resolver otro problema: el dolor físico que han sufrido los mártires de la iglesia, ya que este sentimiento se uniría al alma inmortal y nuestro autor lo mencionará como un problema con un alcance interesante.

“Pensemos por un instante en los terribles sufrimientos corporales soportados por los mártires. El hecho de que estos dolores fueran sentidos por personas que estaban dispuestas a sufrir tormento y muerte antes de negar a Dios, y que los soportaran en sus cuerpos, pone claramente de manifiesto el carácter corporal de estas experiencias” (Hildebrand, 1996, pág. 63).

De acuerdo con lo anterior, explicaremos los sentimientos psíquicos no corpóreos y será necesario dejar en claro que este tipo de sentimientos pueden ser interpretados de diversas maneras.

Uno de los ejemplos que nos presenta Hildebrand es cuando bebemos alcohol, al no estar completamente ebrios, sino más bien el sentir esa sensación de alegría y euforia, no será un estado que esté directamente relacionado con el cuerpo, ya que sería más bien una sensación que tiene que ver con lo psíquico o con lo no corpóreo; así también los cambios de humor, la alegría, la depresión se pueden manifestar de igual forma sin necesidad del cuerpo.

“Pero incluso en el caso de que estos humores estén causados por nuestro cuerpo, no se presentan como <<la voz de nuestro cuerpo>> ni son estados de nuestro cuerpo. Son mucho más subjetivos. Es decir, están más radicados en el sujeto que en los sentimientos corporales. Podemos estar alegres mientras padecemos un dolor físico; y éste estado de ánimo positivo se manifiesta en el ámbito de nuestras experiencias psíquicas; el mundo aparece de color de rosa, el mal humor desaparece y la alegría inunda todo nuestro ser” (Hildebrand, 1996, pág. 65).

Si bien estos tipos de estados ya sean psíquicos, no corpóreos o sólo los corporales, pueden darse de manera separada no significa que ellos no pueden coexistir, por esto hay que dejar en claro que entre estos sentimientos pueden existir diferencias.

“De todos modos, aunque estados como el buen humor o la depresión no son sentimientos corporales sino mentales, difieren incomparablemente más de sentimientos espirituales como la alegría por la conversión de un pecador, la recuperación de un amigo enfermo, la compasión o el amor” (Hildebrand, 1996, pág. 65).

A continuación, veremos una de nuestras tesis principales: la relación de estos sentimientos con la respuesta afectiva.

El mal humor, por ejemplo, puede presentarse por algún tipo de depresión o por algún acontecimiento que pueda haber ocurrido en el momento o en una ocasión anterior y esto está directamente relacionado con el ejemplo mencionado de las bebidas alcohólicas.

Aunque si bien los sentimientos como lo mencionamos pueden coexistir y podemos experimentar un sentimiento corpóreo con uno no corpóreo, debemos destacar, por ejemplo, cuando gozamos de buena salud y lo manifestamos con alegría, pero un estado de buen humor se puede diferenciar claramente de la alegría, el sufrimiento, etc. y será aquí donde entra la respuesta afectiva; por otra parte también, se encuentra el carácter de intencionalidad, el cual no se relaciona con la espiritualidad, sino más bien con la forma de ser afectado.

“El carácter intencional está presente en cada acto del conocimiento, en cada respuesta teórica (como la convicción y/o la duda), en cada respuesta volitiva y en cada respuesta afectiva. Está también presente en las diferentes formas de ser <<afectados>> como conmoverse, llenarse de paz o ser edificado” (Hildebrand, 1996, pág. 66.).

Al realizar una acción que no contenga el carácter de intencionalidad que le falta, está la intencionalidad que se separa también de la esfera de espiritualidad.

Con esto pasamos a otro tema relevante que sería ¿por qué están causados los estados psíquicos? Aquí pasamos a explicar la segunda gran importancia de estos estados con el ya mencionado ejemplo de la alegría.

“En segundo lugar, los estados psíquicos están <<causados>> por procesos corpóreos o psíquicos mientras que las respuestas afectivas están <<motivadas>>” (Hildebrand, 1996, pág. 66).

Ya comienza a ilustrarse de mejor manera el tema que nos reúne, debido a que este último punto importante, que agregará Hildebrand, que el verdadero motivo de una respuesta afectiva es la motivación de algún hecho en particular. En palabras de nuestro autor:

“La recuperación de nuestro amigo está conectada por lo tanto con nuestra alegría a través de una relación significativa e inteligible. Esta experiencia difiere esencialmente del estado de buen humor causado, por ejemplo, por las bebidas alcohólicas” (Hildebrand, 1996, pág. 66).

La influencia de la respuesta al valor con respecto a alguna sensación como la alegría, tristeza, etc., no serían claramente al azar y tendrían su fundamento en la motivación que es dada por el objeto portador de valor.

Al darle la importancia que se merece de igual forma al carácter espiritual de las respuestas afectivas y sus diferencias con meros estados (como la alegría provocada por el mismo alcohol), no se descuida del hecho de que las respuestas afectivas tengan repercusiones en el cuerpo. Lo que se quiere lograr en lo que ya ha sido explicado es cómo pasamos de esto a la unión cuerpo y alma; primero, comprendiendo ambos campos de manera separada sin darle más crédito al espíritu, ya que no se pretende dejar atrapar o caer en el espiritualismo.

Segundo, debemos explicar los sentimientos psíquicos en relación con los sentimientos corpóreos, eso sí, dejando presupuestado que hay sentimientos corporales que no se relacionan con las respuestas afectivas y que va en la naturaleza del hombre que muchas veces las respuestas afectivas espirituales repercutan de alguna forma en el cuerpo, pero esta proximidad que puedan tener no debería influir en su radical diferencia.

“Un determinado estado corporal de salud y vitalidad puede ser un presupuesto necesario para estas respuestas, pero su llegada a la existencia siempre se debe a un motivo, es decir, al conocimiento de un suceso que reviste cierta importancia.” (Hildebrand, 1996, pág. 68).

Los procesos corporales no pueden engendrar las respuestas afectivas, pero estas sí pueden crear repercusiones corporales. Hay sentimientos como el mal humor, el optimismo, la depresión y el nerviosismo que poseen un carácter irracional fluctuante, según nos señala Hildebrand, y se

generan en el hombre por la dependencia del cuerpo; lo que es aconsejable hacer es no caer en ellos, tratar de librarnos de dichos estados irracionales, pero no siendo completamente indiferentes, sino que aprender a librarnos de ellos. ¿Cómo se puede lograr aquello? Al momento de darnos cuenta de cierto carácter negativo por alguna sensación que presenta nuestro cuerpo, por ejemplo, el haber dormido poco.

“Es precisamente la inmanente pretensión de esos estados de ánimo a lograr una justificación racional, el hecho de presentarse como algo muy superior a su realidad objetiva, lo que los hace ilegítimos y los convierte en pesadas cargas de nuestra vida espiritual. No basta emancipar nuestro intelecto y nuestra voluntad de la esclavitud de estos humores irracionales; nuestro corazón también debe liberarse de esta tiranía” (Hildebrand, 1996, pág. 69).

Cuando se pone en práctica lo anteriormente mencionado, el corazón dará cabida a los sentimientos espirituales al librarse de los sentimientos psíquicos, es decir, se produce en el corazón una oportunidad completamente necesaria que permitirá llenarlo de respuestas afectivas significativas.

Para ilustrar de una mejor manera el tema central de esta investigación, es preciso mencionar las dos formas de dependencia que se encontrarán en el cuerpo: por un lado, una consciente y, por otro, una de forma inconsciente.

Aquella dependencia consciente es la capacidad de poder dejar de lado nuestros sentimientos corporales, por ejemplo: encontramos algunas personas que no se dejan llevar por un simple dolor físico y tratan de sobrellevarlo consigo mismos y salir adelante, pero, para otras, este dolor físico se convierte en un drama por más pequeño que éste sea.

Por otro lado, otras personas muestran independencia del cuerpo, dependencia de estados de ánimo psíquicos que en realidad están causados por el mismo cuerpo.

“Su alma permanece libre, aunque su cuerpo esté sometido a dolores (no particularmente violentos); pueden disfrutar de realidades espirituales a pesar de padecer dolores corporales, tensiones y molestias” (Hildebrand, 1996, pág. 70).

Los estados de ánimo que están causados por nuestro cuerpo representan una forma inconsciente de dependencia.

“Una persona puede ver todo oscuro simplemente porque ha dormido demasiado poco, o puede estar irritado o de mal humor a causa de algunos procesos fisiológicos que están teniendo lugar en su cuerpo. En este caso, la influencia del cuerpo en nuestro estado de ánimo no se experimenta de manera consciente” (Hildebrand, 1996, p.70).

Será aquí donde se le atribuirá al cuerpo un mayor dominio sobre el individuo, ya que hay sensaciones del ánimo que no se experimentan de manera consciente; estas situaciones se confunden como si vinieran del alma y en realidad son completamente irracionales, son directamente influencia del cuerpo.

“Al dejarnos invadir por estos sentimientos (que no tienen bases racionales y se perciben erróneamente como una situación real de nuestra alma) concedemos a nuestro cuerpo un dominio sobre nosotros mayor que si estuviéramos completamente afectados por sentimientos corporales reales, por lo que esta influencia camuflada resulta aún más honda y peligrosa” (Hildebrand, 1996, pág. 71).

Anteriormente se ha mencionado que las diferencias de estos sentimientos corporales y psíquicos junto con la similitud que poseen, se ven de manera simultánea, también se debe aclarar cuando surgen algunos tipos de confusiones con ciertas cosas que presenta el cuerpo o la mente, que pueden de algún modo confundir a los sentimientos y así mostrarlos de manera errónea y clasificarlos también de esta forma, ya sean algunas situaciones que, por ejemplo, se pueden confundir como psíquicas que son solamente corporales.

Para nuestro autor, el cuerpo hablará mediante los sentimientos corporales, sabemos que se trata el cuerpo, pero del mismo modo es fácil confundirse con sentimientos psíquicos, ya que es como si constituyeran estados reales del alma y será aquí donde inconscientemente estos sentimientos hacen que nos transformemos en esclavos de nuestro cuerpo.

“El mismo hecho de que esta depresión o estado de ánimo no tenga ninguna justificación objetiva, que incluso contradice lo que deberíamos sentir como respuestas verdaderas a la situación a la que nos encontramos, debería hacernos sospechar de estos sentimientos y hacernos ver que estos estados de ánimo son el resultado de meros procesos corporales o de alguna depresión . Esta idea repercutirá notablemente sobre nuestro mal humor. Nos proporciona una distancia espiritual de ese estado, lo invalida y nos libera de él en buena medida. Mientras que los sentimientos corporales

no cambian por el hecho de que modifiquemos nuestra actitud frente a ellos, la depresión o el mal humor, una vez que nos hemos dado cuenta de que son resultado de procesos corporales, pierden buena parte de su fuerza.” (Hildebrand, 1996, pág. 71).

En otras palabras, un estado de ánimo como la depresión será provocada por la situación fisiológica del cuerpo (estados de depresión con origen corpóreo, como nos dice Hildebrand), por lo tanto, tampoco se le debe quitar la atención debido a que podrían llegar a ser altamente dolorosos.

Estos estados pierden mucha de su fuerza cuando se es consciente de ellos, se dejan de confundir y son separados como corresponde al reconocer los sentimientos corporales y psíquicos de forma distinta. Se cierra entonces dejando en claro que los sentimientos corporales se pueden disfrazar de psíquicos, pero también es posible librarse de ellos teniendo consciencia de su existencia y de su origen por el cuerpo para así desenmascararlos de manera definitiva.

“En cuanto nos damos cuenta de que el mundo no ha cambiado, que no ha sucedido nada que justifique nuestra depresión, que es sólo el resultado de una condición corporal, ya no nos influye del mismo modo ni nos aprisiona; nos hemos logrado distanciar de ella. De todos modos, existen situaciones como la menopausia para algunas mujeres o algunos disturbios neuróticos, en los que el peso del estado depresivo no disminuye en nada a pesar de que el afectado conozca perfectamente su causa” (Hildebrand, 1996, pág. 72).

Ahora se mencionará un tema de mucha importancia dentro de la esfera afectiva y el amor, que se clasifican en este caso en los sentimientos psíquicos. Se trata precisamente de las pasiones; con “pasiones” nos referimos a un determinado grado de la experiencia afectiva.

“Cuando ciertos sentimientos alcanzan un alto grado de intensidad, tienden a silenciar la razón y a dominar la voluntad libre. La ira puede privar a un hombre de razón en el sentido de que ya no se dé cuenta de lo que está haciendo. <<Pierde la cabeza>> y, quizá, por ejemplo, golpea furiosamente a otra persona sin que desee conscientemente ir en contra de él ni ninguna otra cosa. En esta situación también pierde su capacidad de decidir libremente. Ciertamente, desde un punto de vista objetivo, no se queda sin razón y es responsable por haberse dejado dominar por este estado. Al mismo tiempo, es claro que es menos responsable por las acciones que comete mientras está furioso que si cometiera la misma acción cuando no está <<fuera de sí>>” (Hildebrand, 1996, pág. 73).

Como se ha mencionado en reiteradas ocasiones, hay sentimientos corpóreos que no son psíquicos y que nada tendrían que ver con el alma, sin embargo, en el caso de las pasiones se ve cómo reaccionamos a ciertas situaciones sin antes razonar, por lo que el sentimiento de “fuera de sí”; como menciona Hildebrand, se apodera de cada persona.

Se continuará explicando el tema de las pasiones y se mencionarán cuatro tipos de experiencias afectivas que tienen un dinamismo anti irracional.

Primero, están las pasiones en el sentido más estricto del término, la ambición, deseos de poder, la codicia, la avaricia, éstas poseen un carácter oscuro e irracional.

Segundo, se encuentran las actitudes que poseen carácter explosivo como la ira, aquella motivada por un daño objetivo infringido a un hombre y que nos parece “razonable”. Por otro lado, la ira que surge de nosotros cuando somos testigos de una injusticia como nos menciona Hildebrand, es cuando tiene que ver con la pasión que lo motiva y es en este caso cuando puede ser de alguna forma “razonable”.

Tercero, existen pasiones que esclavizan a la persona de acuerdo con su dinamismo, por ejemplo: el borracho, el drogadicto o el jugador. Éstos poseen un dinamismo irracional e inteligible. Por último, la cuarta experiencia se relaciona con las respuestas afectivas, que, a pesar de tratarse de respuestas al valor, pueden escapar de nuestro control. Es aquí donde se da el amor entre el hombre y la mujer y donde adquiere el carácter de pasión cuando pasa por encima de la moralidad.

“Cuando este tipo de amor alcanza una gran intensidad, se convierte en un flujo tumultuoso que echa tierra por todos los bastiones morales y arrastra a la persona. En estos casos, también el amor asume el carácter de pasión al <<encadenar>> al amado” (Hildebrand, 1996, pág. 81).

Hay que aclarar que este amor es una degeneración, como menciona Hildebrand en tanto a nivel moral. Al mismo tiempo, subraya que los tres tipos de pasión llevan el veneno en sí mismos, en este último, el amor puede desencadenar una tiranía peligrosa, que dependería solo de elementos ajenos.

“Mientras los patrones de toda la esfera de la afectividad sigan siendo las pasiones, mientras se siga considerando cualquier respuesta afectiva a la luz de la pasión, estamos condenados a malinterpretar la parte más importante y auténtica de nuestra afectividad” (Hildebrand, 1996, pág. 82).

Toda respuesta al valor, al igual que quien es afectado, difiere radicalmente de las pasiones; ya se han mencionado los rasgos que envuelven a una pasión que no tienen relación con la verdadera esencia del amor.

El amor y las respuestas al valor contienen dentro de sí experiencias afectivas que no poseen las pasiones, como, por ejemplo; la alegría, la esperanza, veneración o entusiasmo, como nos menciona Hildebrand.

“Hay que decir, de todos modos, que a pesar de la diferencia radical entre la respuesta al valor (por ejemplo, amor, admiración o entusiasmo) y los diferentes tipos de pasión, encontramos en la naturaleza del hombre caído la posibilidad de una transición repentina de las respuestas al valor a determinadas pasiones, o, en cualquier caso, a determinados sentimientos irracionales” (Hildebrand, 1996, pág. 82).

Como ha dicho nuestro autor, el amor es un terreno muy difícil de recorrer transformándose para algunos en uno de los misterios más grandes del hombre, aquí pone de manifiesto que estas respuestas positivas al valor pueden tomar un vuelco importante, convirtiéndose en ira, celos de parte del amante o a quien se le entrega, pero en realidad es algo que confundiría a la verdadera respuesta al valor y así, del mismo modo, a la esencia real del amor.

“La admiración y el entusiasmo pueden conducir a una explosión de ira en aquellas situaciones en las que, o bien, no se aprecia el objetivo admirado o encuentra alguna oposición. El afán de justicia puede degenerar de pronto, en fanatismo y las llamaradas de los celos pueden surgir en un amante, como en el caso de Otelo. De todos modos, la posibilidad de esta misteriosa transición no anula de ningún modo la esencial diferencia entre las respuestas al valor y las pasiones en el sentido estricto del término” (Hildebrand, 1996, pág. 83).

Como se visualiza entonces, las respuestas afectivas más nobles y espirituales pueden suscitar repentinamente a actitudes completamente distintas.

En definitiva, el nivel más alto de la afectividad es el corazón y, al mismo tiempo, el centro del hombre; dicho de otro modo, como lo expresa claramente Hildebrand, la esfera afectiva tiene el corazón como su centro. Es por esta razón que se quiso indagar en este capítulo del libro *El Corazón*, para recalcar la importancia que se le debe dar al amor, tanto en la filosofía como en la vida del hombre; el corazón va de la mano con el intelecto, le da la importancia que se merece a la

esfera afectiva a la respuesta al valor, y, por último, lo más importante de todo esto forma parte directa de la esencia del amor.

Conclusión

La riqueza que nos entrega Hildebrand sobre la esfera afectiva es tan importante como lo que nos dice sobre la esencia del amor y la importancia del corazón, elementos completamente nuevos para toda la filosofía. Si bien el amor es un tema tan amplio y un estudio difícil de digerir para cualquier persona, es gratificador y complementa siempre, de alguna forma, nuestra alma. Es el amor aquello que mueve el mundo y mueve a cada una de las personas que lo habitan. Cuántas veces hemos escuchado que “lo hizo simplemente por amor o lo hago porque lo amo”, es así como también somos afectados por el amor como seres individuales, racionales y con libertad.

El amor se manifiesta de diversos modos y si bien Hildebrand logra dar una respuesta novedosa, debido a que nos la entrega de forma fenomenológica y con hechos completamente cercanos a la realidad, lo que sería la esencia del amor y los valores tan plasmados en toda su filosofía hace que este estudio rinda frutos, y por esto que con esta investigación se logre esclarecer de algún modo lo que es el amor, su esencia y la trascendencia e importancia para el hombre. Hemos mencionado que tanto la esfera afectiva como el amor no han sido muy tocadas en las distintas épocas debido a la gran diversidad de temas que giran en torno de la filosofía ,para mí el amor es un tema tan importante como el arje para los presocráticos , o la virtud y la política para Sócrates y Aristóteles ,podemos encontrar muchos escritos en torno al amor ,pero aquí hemos visto como Hildebrand nos da luces claras de lo que es ,de lo que sucede en nuestros días ,se preocupa de darnos a conocer un tema tan relevante para todos ,sin dejar fuera distintas problemáticas tanto éticas, morales y sociales porque vemos en él cómo relacionarnos, cómo entregar y recibir amor, en los distintos aspectos de la vida.

El amor es encontrar en el otro los valores más altos de la Humanidad, viviendo estos principios no como útiles, ni que formen parte de algún beneficio individual, sino que debemos reconocer a estas virtudes como *valiosas* en sí mismas. Por consiguiente, se reconoce en el amor que la persona es bella ypreciada, luego este sentimiento debe darse entre dos personas que se entregan amor recíproco y se corresponden de tal manera que la verdadera esencia que nos entrega es siempre conducirnos a un valor.

El verdadero amor es reconocer en la otra persona toda belleza, toda excelencia y esa personalidad que la caracteriza como persona única en sí misma, es así como vemos en esa persona y no en ninguna otra la respuesta al valor. Su personalidad única nos hace entregarnos por completo y ver

lo excelente y bello que es la persona en sí, un ser único y verdadero que nos mostrará la esencia del amor; será la persona en sí misma poseedora de algo fascinante que despertará en mí esa admiración por sentir lo que realmente es el amor.

Así también son muchos los factores que lo caracterizan y que dan de algún modo una identificación, la que nos acercaría a entender cuál es la fenomenología tan compleja del amor. Estos factores que forman parte del amor los cuales hemos enumerado como notas esenciales de éste. Uno de ellos es la sobre actualidad del amor y no hay mejor ejemplo que el que nos entrega Hildebrand, que nos muestra cómo seguimos sintiendo amor por un familiar que fallece, es la muerte de una persona querida donde la sobre actualidad no pierde su significación, este sentimiento que muchos hemos experimentado se sigue viviendo a través de una fotografía, una canción o una vivencia que no dejamos de recordar porque marcó nuestra vida, incluso el respeto en este caso específico por su memoria. La sobre actualidad es movida por el amor y se presenta también en el amor de padre, hermanos, amigos y, de manera especial y particular, en el amor de pareja o esponsalicio como lo llama Hildebrand.

La actualización de la persona amada ocurre en cada momento, en cada instante dentro de mí, el concentrarme de manera actual tiene que sentirse, a pesar de que mi cabeza se mantenga ocupada en otras cosas como trabajo, estudio etc., el amor que tenemos hacia el otro sigue presente de manera incesante, es una actualización plena, vale decir, que vuelve a ella una y otra vez. Es un sentimiento sobreactual, una de las principales características de la esencia del amor.

Luego sigue la intuición unitiva y la intuición benevolente, las cuales poseen una diferencia, pero sí convergen en un sentido y es en esta búsqueda del amor; la intuición unitiva, por un lado, se establece solo si el amor es correspondido y a la vez recíproco, correspondido por quien yo le entrego mi amor y se debe sentir por ambas partes por igual y así solamente alcanzar el amor. La intención benevolente en cambio va de la mano con la felicidad, ya que esta consiste en hacer feliz al otro, el interés por su felicidad, bienestar y salud, el ser partícipe a su vez por sobre la felicidad misma que participa del amor, todo lo que le sucede al amado de algún modo también le afecta al amante ya sean cosas buenas o malas, no es el solo hecho de ser partícipe, sino sentir estas vivencias como parte de uno. La autodonación que le sigue y la entrega de parte del amante, el cual no se desprende de su propio ser auténtico, sino que se manifiesta como una entrega pura, gratificadora,

rica, que agradece y viene directamente desde el corazón, como ocurre en el caso del amor esponsalicio.

Esta entrega del corazón consiste en un gesto de regalo hacia el otro y la mutua participación de dos personas que se corresponden a un amor, uno que se da con particularidad en el amor esponsal, pero que también se expande en las otras categorías (filial, paternal y amistad).

Con esto damos el paso a la novedad del corazón, y así también de toda la esfera afectiva tocada por Hildebrand, la relevancia de escuchar esta voz que viene del corazón y sea este el que hable a través de los sentimientos del hombre. El corazón es el centro de todo, y este en conjunto con la voluntad y el entendimiento serán los que regulen el actuar del hombre.

Posteriormente, tenemos el compromiso y la fidelidad que es una característica esencial del amor esponsalicio, ya que al establecer el compromiso con el otro le ofrezco mi fidelidad y, al dar mi palabra en el compromiso, surge la obligación moral de no olvidarla para así mantener la fidelidad, sosteniendo la palabra de amor que he dado a alguien; será pues, un compromiso que adquiero al mismo tiempo, pensando que el otro hará lo mismo por mí y es algo que se hace desde el corazón y se entrega como un regalo que tiene que poseer una continuidad en el tiempo y no caer en falsas acusaciones hacía el otro, como ocurre con el tema de los celos que simplemente se instaura esa inseguridad porque un tercero puede hacer falsas acusaciones, por consiguiente, ese sentimiento de desconfianza siempre debe ser comprobado por nosotros mismos.

Como hemos mencionado hasta aquí, el tema del amor va involucrado con demasiadas aristas y estudios arduos que han acompañado a la filosofía, uno de estos es la moralidad y por esto daremos a conocer que en los distintos tipos de amor presentados hay peligros morales.

Veremos que el valor moral es producido por lo que el otro provoca en uno y, aunque el otro provoque una felicidad, debemos fijarnos si esta corresponde a un bien moral. Habrá diversas situaciones donde se producirá un alejamiento a este mandamiento moral, por ejemplo, en el mal que podemos provocar con una acción errónea que intentamos reparar de algún modo. Ese percatarse de esa acción moral errónea que intentamos reparar, como, por ejemplo, al sacar un beneficio de alguna acción moralmente mala, puede que no se perciba como mala por el hecho de sacar un provecho de ella y así se crea una percepción errónea del bien, pero esto no quita que esa acción sea moralmente mala.

Como ya se ha analizado a lo largo de la presente investigación, los celos no tienen nada que ver con el amor, es una manera en la que caen algunos representando este sentimiento ilegítimamente, por consiguiente, son moralmente perjudiciales. Ocurre también con la envidia, no hay menor rastro de amor en ella ya que va directamente de la mano con el resentimiento; otro punto que se podría confundir es la intensidad con la que amamos a alguien, ya que esta pasaría desapercibida en el amor de padres, hermanos, amigos, pero en el amor esponsal tiene un mayor rango debido a que no podemos amar con la misma intensidad en esta categoría a dos personas porque caeríamos en la infidelidad y, por lo tanto, en la búsqueda errónea de la esencia del amor.

El amor y su verdadera esencia van de la mano con la felicidad, estos dos puntos tienen el agrado de presentarnos una vida llena de gozo; la unión entre dos personas que mutuamente reciben el amor como un regalo del corazón, se entregan de manera única, mutua, rica y gratificadora, además provoca en ellos un gozo que solo se da en el amor. El amor es un regalo sobreabundante y la felicidad que proviene de este se funda en él en unidad, el hombre a través de toda esta entrega sincera del corazón puede alcanzar la trascendencia y así su verdadero ser.

Agregaremos a esta conclusión un orden al amor, si bien Hildebrand no da características concretas de cada tipo de amor que es especificado en el texto, este los nombra y le da una “importancia”, podríamos decir mayor a uno que otro y ciertas características certeras que tienen que ver con la realidad que experimentamos.

En el orden del amor que nos enfocaremos en ese “Amar Más”, lo mediremos con altura moral que representaría la respuesta al valor y hacia la persona que va dirigida nuestro amor. Estas respuestas al valor se manifiestan de acuerdo con las cualidades que posee y muestra cada persona como: la amabilidad, la fidelidad, deshonestidad, egoísmo etc.

Un ejemplo claro lo encontramos en el caso del hijo prodigo, aquí vemos cómo el padre hace alusión a un hecho de que su hijo estaba muerto, pero resucitó de algún modo al volver a casa, haciéndole entender a su otro hijo la posición errónea interpretada por él por el regreso y la vanidad que existía en su corazón, quedando un poco más claro el panorama con respecto a que se rescatan los valores y cualidades por sobre el comportamiento que pudiesen presentar los hijos.

En el amor de amistad el papel que cumple esta jerarquía del amar más es presentado con mayor claridad, ya que un factor decisivo de la amistad se vería reflejado en que la otra persona

corresponda a este amor ofrecido. Aquí también hay otra particularidad, ya que la intensidad que podemos sentir al amar a un amigo podría ser la misma que podríamos entregar a otro. En palabras más claras, podemos sentir del mismo modo el amor por uno o más amigos. Esta característica es exclusiva de esta categoría u orden del amor, ya que como hemos recalado en reflexiones anteriores, en el amor sponsalicio el amor que entrego es un regalo del corazón, que produce una felicidad sobreabundante y al mismo tiempo me llena de gozo, es exclusivamente de parte de ambos amantes.

Para que otro tipo de amor pueda darse, en primer lugar tiene este amor que ser reclamado en el corazón de ambos, para que se pueda amar a una madre o una hermana por sobre el amor sponsalicio. La razón de por qué este ocuparía el primer lugar es clara, ya que este tipo de amor llevaría al matrimonio y se une nuestra vida con el otro aceptándolo de manera tal que se funde nuestro corazón con el de él, de manera que se transforme en un todo para conformarnos en espíritu y cuerpo, en donde nace la mutua entrega corporal, uniendo así nuestra vida con la del otro en una sola carne, siempre teniendo en cuenta la respuesta al valor, dando así un amor tan especial que se entrelazarían nuestras miradas en este amor único .

En el amor de amistad hemos dado algunas luces, pero presentaremos algunas características que hacen a una persona mi amigo, como, por ejemplo, aquellos que son partícipes de un acontecimiento importante en mi vida. Puede ser alguien que conocemos hace años con quien tenemos una relación de amistad y también la afinidad que tenemos con él o más amigos en común, aquí no se explica con claridad el lugar del amor de amistad o el lugar que a un amigo le corresponde en mi corazón, pero sí lo que sería un verdadero amigo. Ese alguien desconocido que pasa a formar parte de nuestras vidas, que comparte nuestra casa, nuestra mesa y convive de manera armoniosa con los nuestros, es tratado como uno más de la familia y, a pesar de que se tomen caminos diferentes, estos lazos persisten en el tiempo, ya sea por una llamada telefónica y acercándonos a los tiempos de hoy con la ayuda de la tecnología.

A un amigo le mostramos lo más íntimo de nuestro ser, es aleatoriamente un descubridor y portador de valores.

Otro elemento en el orden del amor y que también hemos dado una pincelada es el amor que entregan los padres a los hijos, aquí también influirían varios factores, las edades de los niños y el cuidado, ya que se le entrega más atención a un niño pequeño que depende completamente de la

madre que a un adolescente. Si bien a lo largo del crecimiento son diversos los problemas que puedan presentar nuestros hijos, el amor hacia ellos va con una mirada diferente. Podríamos plantearlo así: el niño nace con una pobreza en lo que aquí nos compete, valórica y afectiva, que está en nuestras manos entregarle para la formación de la vida adulta. Esta pobreza provoca en nosotros la manera de responder este amor, un amor en cuanto amor. Este tipo de amor es situado en segundo lugar después del amor conyugal.

Si bien por amor se han ganado muchas batallas a lo largo de la historia, es un sentimiento amplio que nos hace vibrar, que nos hace sentir, que nos hace descubridores de valores, que nos hace aceptar al mismo tiempo.

En la realidad de hoy en la cual vivimos inmersos en una individualidad y lucha por obtener y mantener el tan anhelado éxito, quiero invitarlos a discernir en lo que nos ofrece este pequeño estudio de la esfera afectiva brindado por Hildebrand que podríamos resumir en que el motor del hombre es el corazón que no es movido por otra cosa que el amor.

El amor es uno de los sentimientos más lindos que podemos experimentar, es algo inusitado a veces, que no llegamos a comprender; se presenta excelso y así vamos conociendo al otro.

Aquí exponemos al lector el cómo debería verse la real esencia del amor y la importancia a su vez del corazón, de qué forma entregamos amor a un hijo, la importancia de los amigos en nuestra vida, el amor es y será siempre algo que nos mueve de diversos modos. Hildebrand es asertivo en cada característica que entrega del amor porque se deduce que nos damos cuenta (deberíamos), si estamos frente a alguien que nos ama, que nos entiende, que se pone en nuestro lugar, ya que sabemos que amar va más allá de seguir ciertas reglas, en consecuencia, si un amor es real debería tener todas estas características que hemos mencionado en el presente escrito.

Como se advierte desde el principio, sólo tenemos pinceladas de lo que sería un orden del amor dado por Hildebrand e igualmente una respuesta inicial que podríamos encontrar con respecto al amor, ya que es este autor quien nos entrega ideas claves para poder hacernos una noción y comprender de algún modo algo tan manoseado en la actualidad. En una era de lo desechable y en la que no somos capaces de reparar las cosas, podemos hacer un alto y sentarnos a reflexionar del verdadero sentido que tiene el amor, de su verdadera esencia. Aunque esto fue escrito en otra época y con otra perspectiva, hemos de reciclar esta visión puesto que es un estudio sistemático de las

implicaciones del amor, dicho de otro modo, no está tan ajeno a todo lo que sucede en una relación de pareja, en la manera de entregar amor a un hijo o en la importancia de tener amigos en nuestra vida. Nadie reniega de este sentimiento que nos mueve cada día. Vivimos cada día en torno a esta esencia del amor, queremos y amamos a diario de diversas formas a una pareja, en el amor a nuestros hijos, en el amor que nos entregan o entregaron nuestros padres, en el amor que nos dan nuestros amigos y hermanos. Vivimos en torno a esta magnífica sensación. En definitiva, el objetivo del presente estudio ha sido plasmar el pensamiento de Hildebrand con respecto al tema del amor y de manera implícita esperamos de algún modo que el lector reflexione, piense y, sobre todo, esté dispuesto a cada día recibir y entregar amor.

Bibliografía primaria

1.

Dietrich Von Hildebrand, *La esencia del amor*, Ediciones universidad de Navarra, 1998.

2.

Sergio Sánchez Migallón, *El personalismo ético de Dietrich Von Hildebrand*, Ediciones Rialp, 2003.

3.

Dietrich Von Hildebrand, *Las formas espirituales de la afectividad*, Ediciones Encuentro, 2016.

4.

Dietrich Von Hildebrand, *El Corazón*, Ediciones Palabra, 2009.

Bibliografía Complementaria

1.

Erich Fromm, *El arte de amar*, Ediciones Paidós, 1992.

2.

Milan Kundera, *La insoportable levedad del ser*, Ediciones Andanzas, 1985.

3.

Alain Finkielkraut, *Y si el amor durara*, Ediciones Stock, 2011.

4.

C.S Lewis, *Los cuatro amores*, Editorial universitaria, 2013.

5.

Platón, *El Banquete*, obras completas edición de Patricio Azcarante, tomo 5, 1871).